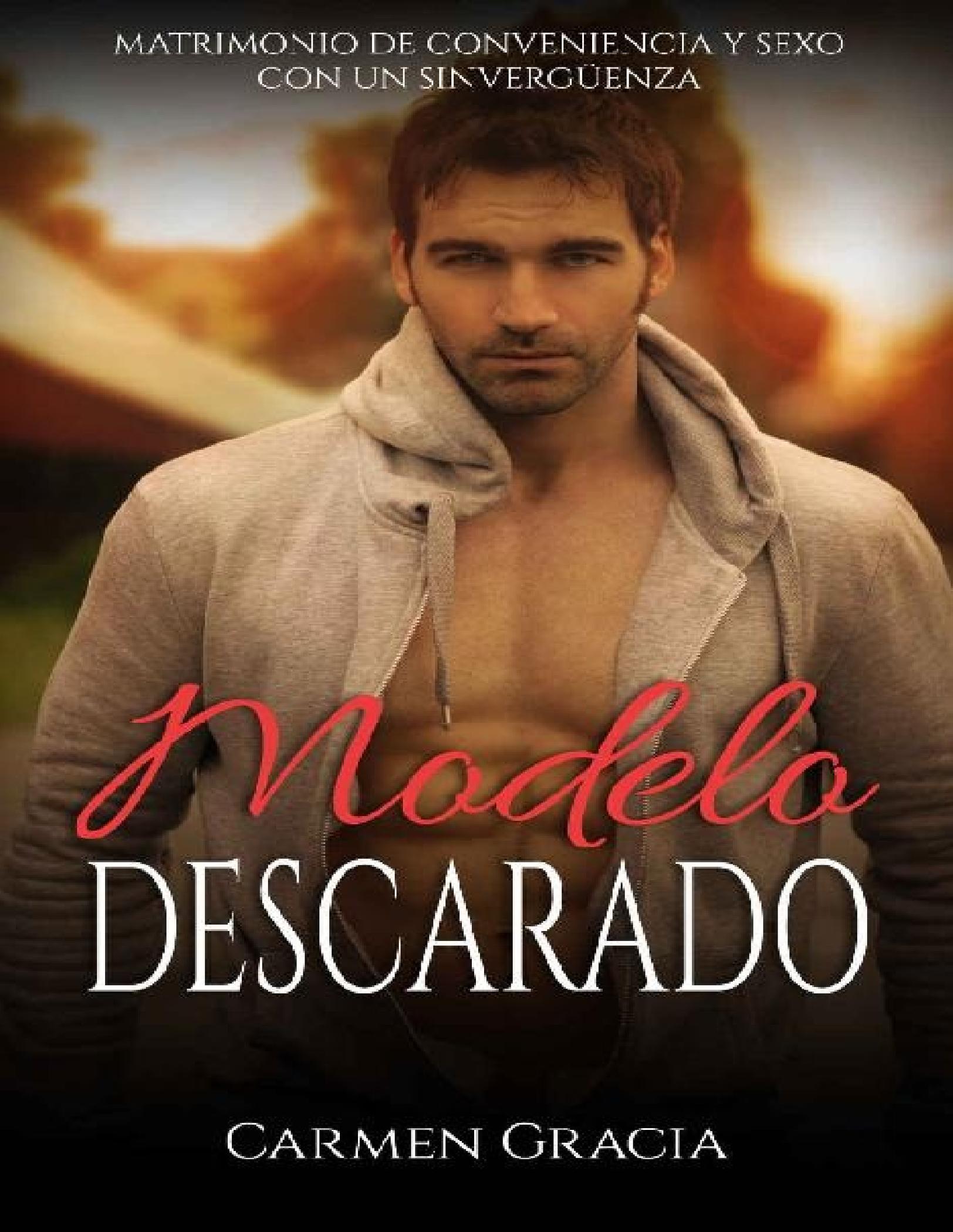


MATRIMONIO DE CONVENIENCIA Y SEXO
CON UN SINVERGÜENZA

A man with short brown hair and a light beard, wearing a grey zip-up hoodie that is open at the chest, looking directly at the camera with a serious expression. The background is a blurred outdoor scene with warm, golden light, possibly a sunset or sunrise.

Madelia
DESCARADO

CARMEN GRACIA



MODELO DESCARADO

Matrimonio de Conveniencia y Sexo con un Sinvergüenza



Por **Carmen Gracia**

© Carmen Gracia 2016.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Carmen Gracia.

Primera Edición.

Dedicado a;

Francisco, por apoyarme siempre.

Iris, por confiar en mí y estar siempre ahí.

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis

1

El Sol se escabullía por entre las rendijas de las persianas y el ruidoso despertar de la ciudad se filtraba por debajo de la ventana. En la cama una joven chica dormía plácidamente, su pecho subiendo y bajando con suavidad.

Su larga cabellera color azabache contrastaba con las blancas sábanas que la arropaban, su rostro hundido bocabajo en la almohada. La piel desnuda de su espalda parecía brillar bajo la luz que le tocaba. A su lado, la otra mitad de la cama se encontraba vacía.

La tranquilidad que reinaba en la habitación fue interrumpida por el estridente sonido del reloj despertador dispuesto en la mesita de noche.

La joven se removió entre las sábanas aún con los ojos cerrados, maldiciendo por lo bajo mientras su mano buscaba a tientas la fuente de tanto alboroto. Cuando su mano hubo alcanzado el reloj despertador, presionó el botón de apagado, entreabrió sus ojos e inhaló profundamente.

Aun con los ojos entrecerrados se levantó de la cama y se encaminó hacia el cuarto de baño. Al entrar, el resplandor de la luz del día que se le colaba por las ventanas le golpeó de lleno en la cara.

Odio las mañanas, pensó.

Abrió el grifo del lavabo, juntó un poco de agua en sus manos y se las llevó al rostro, dejando que el agua fría recorriera cada centímetro de su piel y resbalara hasta su pecho.

Por sus senos, pequeñas gotas de agua se abalanzaban hacia el suelo. Alzó la vista y miró hacia el espejo colgado frente a ella, su cansado reflejo le sostenía la mirada.

Nina tenía 23 años, aunque la mayoría de las personas pensaba que era de mayor edad. Si bien su contextura iba acorde con sus veintitantos, su bello rostro de rasgos finos y delicados le confería un aire elegante que hacía a más de un hombre voltear cuando pasaba.

Además, Nina era una talentosa fotógrafa con potencial y talento por explotar, o al menos eso decía su padre. *Lástima que desperdicie su tiempo en esta ciudad de poca monta*, pensaba para sí misma, como completando la frase.

Se sentó en el inodoro con pereza, estiró su mano dentro la ducha y giró la perilla del agua caliente. Esperó unos segundos a que el agua calentara, probó la temperatura con sus dedos y bostezando, se quitó las bragas y se adentró a la ducha.

Sintió como el agua se deslizaba por su piel hasta el piso de la regadera mientras sus manos recorrían con delicadeza la extensión de su cuerpo. Un suave temblor le estremeció cuando sus manos se pasearon por entre sus piernas. *No, ahora no tengo tiempo, quizás más tarde*, pensó.

Al salir de la ducha se envolvió en una toalla y caminó hasta la cocina. Su cabellera mojada iba dejando un leve rastro de gotas detrás de ella.

En el medio de la cocina, se encontraba una pequeña mesa de comer y sobre ella, un plato con restos de tostadas, un vaso de jugo de naranja a medio terminar y una caja de cereal de chocolate.

Nina le echó un vistazo y con fastidio, abrió la puerta del refrigerador y produjo una botella de leche; acto seguido, cogió una cuchara y una taza limpia del gabinete y las puso sobre la mesa.

Tomó asiento mientras servía su desayuno, mirando de nuevo los restos de tostada a su lado. *Parece que volvió a irse con prisa*, pensó, llevando una cucharada de cereal hacia su boca.

Se habían conocido hace tres años en el campus de la universidad. Ella caminaba por los jardines tomando una par de fotografías para una asignatura del curso, cuando un joven rubio de caminar despreocupado captó su atención.

Iba de camisa a cuadros y cabello largo hasta los hombros, su barba poblada le confería un aspecto rústico, de montaraz. Nina se apresuró en tomar su cámara y ajustar el enfoque del lente para capturar la imagen de aquél joven atractivo que se paseaba a lo lejos.

Él chico debió sentir su mirada porque volteó en dirección hacia donde se encontraba Nina y tras un instante de confusión, una sonrisa se dibujaba en su rostro.

Empezó a caminar hacia donde se encontraba ella, mientras Nina se daba media vuelta y empezaba a andar con paso apresurado. *¡Qué torpe fui!*, pensó mientras caminaba hacia la salida de los jardines.

El chico gritaba algo detrás de ella pero estaba muy apenada para voltear así que siguió caminando apresuradamente, casi empezando a correr. Al fin se detuvo cuando una mano se posó sobre su hombro. Se dio vuelta lentamente y encontró al joven rubio, jadeante y sonriente, parado detrás de ella.

- Pensé que nunca te alcanzaría - dijo el chico entre jadeos, aun sonriendo.

Algo en su sonrisa hizo que su corazón comenzará a latir más deprisa. Una esencia intangible, un elemento sorpresa, lo que los franceses llamaban *Je ne sais quoi*. Fuese lo que fuese, la atrapó.

Luego de una charla incómoda que duró unos pocos minutos, Pablo, el que resultó ser el nombre del apuesto chico rubio, la invitó a salir. En su primera cita terminaron desnudos en la parte trasera del coche.

No pasó mucho tiempo antes de que comenzaran a vivir juntos; sus días los pasaban contando los minutos hasta que volviesen a encontrarse luego del trabajo, sus noches se extendían en un infinito retozar de cuerpos entrelazados. Pero eso había sido tres años atrás, hoy no quedaban ya rastros de aquél ardor.

Luego de dos años viviendo juntos, Pablo empezó a trabajar con su padre en lo que comenzó siendo un trabajo sencillo, sin muchas responsabilidades, dinero fácil.

Conforme fue pasando el tiempo fue subiendo de cargo dentro del negocio y con cada peldaño que escalaba, se fue perdiendo un poco de aquél chico risueño de andar despreocupado.

La camiseta sencilla la cambió por un traje de negocios y su cabello y barba crecidos, por un corte bajo y un rostro bien afeitado. El calor que una vez había encendido su pecho, ahora era un frío silencioso.

Nina se encontraba impávida mientras lo veía distanciarse cada vez más. Últimamente le costaba trabajo recordar al chico que había conocido tres años atrás. Últimamente Pablo no pasaba mucho tiempo en casa. Últimamente esto le importaba cada vez menos.

Su vista se dirigió hacia las fotografías a blanco y negro que se encontraban colgadas en la pared de la cocina. Recuerdos de su viaje a Italia para su segundo aniversario.

En una de las fotografías, Pablo sonreía mirando hacia la cámara mientras sostenía una pequeña moneda entre su dedo pulgar e índice, detrás de él una magnífica fuente ocupaba el paisaje. *Fontana di Trevi*, recordó Nina, *ni siquiera sentí el impulso de pedir un deseo, tenía todo lo que quería.*

En la siguiente fotografía, Nina reía mientras manejaba una vieja bicicleta por un camino empedrado; la imagen había salido fuera de foco pero el recuerdo de aquella hermosa tarde y el hecho de que hubiese sido Pablo quien la tomara, le había valido su espacio en la pared junto a las otras fotografías.

En la tercera fotografía se apreciaba un retrato de los dos, abrazados y sonriendo a la cámara. Terminó su desayuno en silencio, recogió los trastes de la mesa y los enjuagó en el fregadero.

* * * *

Salió del departamento con un bolso colgado a su lado y un portafolio de plástico en la mano, y se encaminó hasta el metro que le llevaba al trabajo. Había ajustado su recorrido diario de modo que caminaba por las calles más transitadas del pueblo, le gustaba ver a la gente caminar hacia su destino.

Nina vivía en una pequeña ciudad del norte de España. Aunque no había tantas personas como lo habría en una gran urbe, le reconfortaba de igual forma su pequeño tráfico matutino. Tomó el metro y se bajó en la sexta estación del recorrido.

Tras caminar un par de cuadras, subió las escaleras de un viejo edificio de ladrillos en medio de dos enormes tiendas por departamento. Sobre la entrada, un viejo letrero pintado a mano rezaba “El Nuevo Panorama”. *Aunque de nuevo no tiene nada*, se decía a sí misma Nina con fastidio cada vez que leía el anuncio.

Saludó amablemente a una señora mayor de pelo blanco y mejillas rosadas que se encontraba sentada detrás de un alto escritorio en el amplio vestíbulo del edificio. La Sra. Strauss era la recepcionista del establecimiento casi desde el momento de su fundación, 40 años atrás.

Había llegado al país desde Alemania sin saber hablar ni un poco español, cosa que no había parecido interesarle en cambiar durante el resto de su estadía en el país, ya que todavía hablaba con un fuerte acento alemán y seguía sin comprender al menos la mitad de las palabras que escuchaba.

Recepcionista, lógico trabajo para alguien que no habla ni la mitad de español, ¿no?, pensó Nina con gracia cuando la conoció en su primer día en el trabajo.

Claro, siempre ayuda haber tenido un fugaz amorío con el jefe para lograr mantenerte en el puesto, acotó su nueva compañera de trabajo cuando le comentó sobre la Sra. Strauss, *Dicen que era muy guapa, como una estrella de cine. Aunque creo que más bien, estrella de cine porno, porque para poder mantenerse el trabajo tanto tiempo, tú dirás...*, terminó entre carcajadas.

- Buenos días Señorrita Brraga, día tan bonito – le saludó la Sra. Strauss

- Así es Sra. Strauss, el día está hermoso, ya llegó la primavera.
- Ya dije que no me *llamarras Srta. Strauss* cariño, llámame Eva – le reprochó la Sra. Strauss.
- Está bien, *Eva* – respondió Nina sonriendo – ¿Tiene algo para mí hoy?
- ¿Cómo dice? – preguntó la Sra. Strauss.
- Que si tiene hay algo para mí. Algo que llegó en el correo para mí – explicó Nina con tranquilidad.
- ¿Cómo? ¡Ah!, ¡Ja!, ¡Ja!, ¡Clarro! – exclamó, feliz de haber comprendido. Desapareció bajo el escritorio y reapareció con un sobre blanco entre sus manos – Correo llegó esta mañana de hoy.
- Eso es. Muchas gracias, *Eva* – agradeció Nina mientras tomaba el sobre en sus manos.
- Está bien, cariño.

Nina miró el nombre escrito en el sobre y sonrió. Se trataba de una carta de Julia, su mejor amiga, quien vivía en Nueva York desde hace un año y a la que extrañaba un montón. Julia sentía una fascinación por lo vintage a tal punto que no usaba correo electrónico ni Skype.

No usaba teléfono móvil y tampoco, como pudo notar un día, ropa interior. Así que su comunicación se basaba únicamente en el ir y venir de cartas o en tener la suficiente suerte de llamarle a su casa y pillarle antes de salir.

Guardó la carta en su bolso mientras caminaba por entre un laberinto de escritorios de madera llenos a rebosar de hojas y carpetas.

Se encontraba en un amplio salón del primer piso, lleno de escritorios y gente que iba de allá para aquí, más por aburrimiento que por prisa pues no había noticias en la ciudad que justificaran tal ajetreo.

El Nuevo Panorama había sido en el pasado un ícono de la ciudad, el diario preferido por los locales, pero ahora apenas lograban llegar a fin de mes; la llegada de los medios digitales junto con una racha cero noticias interesantes le habían relegado a un segundo plano.

Nina caminaba saludando a uno que otro compañero de trabajo. Al fin se detuvo al final de la sala frente a una puerta de vidrio, la oficina del editor.

Tocó suavemente el cristal con sus nudillos para llamar la atención de un sujeto canoso que revisaba con parsimonia una pila de papeles. El sujeto alzó la mirada tras unas gafas de pasta y la invitó a entrar con un gesto de la mano.

- Buenos días Ricardo – dijo Nina mientras cerraba la puerta tras de sí.
- Buenos días Nina, ¿son esas las fotografías que te pedí? – preguntó señalando el portafolio de plástico que sostenía en su mano.
- Sí, aquí están – respondió y procedió a sacarlas del portafolio y entregárselas a su editor – El álbum completo de la feria de sandías más aburrida del continente.

Ricardo tomó las fotografías y empezó a revisarlas haciendo caso omiso al comentario de Nina. Pasaba de una fotografía a la siguiente con una lentitud tal, que parecía una pereza traída del Amazonas y vestida con gafas y camisa a rayas. Nina esperaba con impaciencia frente al escritorio.

- Parece que todo está muy bien, un excelente trabajo como siempre, Nina – soltó al fin Ricardo, dejando las fotografías sobre la pila de documentos en el escritorio – toma esto y llévalo a Carmen en Administración, ella te escribirá un cheque – acotó mientras hacía un garabato en un pequeño trozo de papel y se lo entregaba a la chica.

- Muchas gracias – dijo Nina, tomando el trozo de papel. Se volteó hacia la puerta y cuando iba a tomar la manilla se detuvo y se volvió hacia el sujeto canoso.

- ¿Sí? ¿Hay algo más? – preguntó Ricardo que había vuelto su mirada a la pila de documentos.

Nina dudó unos segundos.

- En realidad sí, Ricardo. Ya sé que ya hemos hablado de esto pero de verdad quisiera pedirte que reconsideraras mi propuesta, creo que ser-

- Nina, por favor – la interrumpió Ricardo alzando la mano – ya discutimos esto la semana pasada.

- Lo sé, pero creo que si tratas de ver las-

- Escucha – volvió a interrumpirla Ricardo, esta vez se levantó de su asiento y caminó hacia donde estaba ella – sé crees tener muchas ideas geniales y que todo el asunto de las fotografías y la cobertura de estos asunto artísticos y todo lo demás es algo que se te ha ocurrido a ti por primera vez.

- Pero solo quiero tratar de hacer algo interesante además de tomar fotos de infractores de tránsito y ancianos come-sandías, no es justo-

- Déjame terminar, no me gustan que me interrumpan – le interrumpió Ricardo con tranquilidad, mientras ponía su mano en el hombro de Nina – sencillamente, no hay cabida en el periódico para este tipo de cosas. Y no quiero escuchar otra palabra de este asunto, ¿entendido?

Nina le sostuvo la mirada con fiereza, las ganas de lanzarle un puñetazo a su estúpida cara de pereza burbujeando en su interior. Contuvo su respiración.

- De acuerdo.

- ¡Excelente!, ahora, casi se me olvida, asegúrate de charlar con Miguel antes de irte, esta tarde el Alcalde inaugurará unas nuevas oficinas del departamento de tránsito y los quiero allá – dijo mientras volvía a su asiento detrás del escritorio – espero las fotografías en mi escritorio por la mañana.

Imbécil, pensó Nina mientras se cerraba la puerta de la oficina.

Cuando llegó de vuelta al departamento ya estaba oscuro. Se desvistió y puso a llenar la bañera. Se dejó deslizar dentro, el agua caliente cubriéndola hasta el cuello.

La cobertura de la inauguración había sido tan digno de cobertura como la llegada de libros nuevos a la biblioteca local. Además de unos cuantos funcionarios del gobierno y los futuros trabajadores de las nuevas oficinas, no hay más público que unas cuantas personas que se detenían al pasar por el lugar.

Con esto nos ganamos el Pulitzer, bromeó Miguel cuando se marchaban del lugar. De camino a casa había revisado su móvil y todavía no tenía noticias de Pablo. Lo había revisado varias veces en el transcurso del día y nada.

Le escribió sin obtener respuesta. Después de unos pocos intentos desistió. *De todas formas, pensó, no creo que me importaría si lo hiciera.*

Le gustaba tomar un baño caliente después de un día como este. Aunque últimamente todos los días le resultaban iguales. Largos, aburridos, sin emoción. Le relajaba sumergirse y sentir su cuerpo flotar.

Nina entonces, comenzó a recorrer sus manos suavemente por todo su cuerpo, bajo el agua. Apretaba firmemente sus pechos y tomaba sus pezones entre sus dedos, dejando escapar un gemido.

Llevó una mano hacia su cabeza tirando ligeramente de sus cabellos mientras la otra mano se deslizaba hacia su entrepierna. Se estremeció al contacto de la yema de sus dedos con el clítoris y comenzó a masajearlo muy suavemente primero en círculos, y luego de arriba abajo.

Con cada gemido sus dedos ejercían más presión y una ola de calor recorría todo su cuerpo. Sentía como sus dedos empezaban a resbalar aún debajo del agua; siempre se mojaba con facilidad.

Con los ojos cerrados, seguía moviendo sus dedos con la destreza de la experiencia mientras su otra mano apretaba sus pechos, sus uñas clavándose en la piel.

De repente, un fuerte gemido brotó de su garganta producto de una ola de placer que recorrió cada centímetro de su cuerpo, haciéndole apretar los dedos de los pies.

Abrió los ojos con sorpresa y se sorprendió al ver a Pablo inclinando junto a ella, con una mano apoyada en el borde de la bañera y la otra mano debajo del agua, entre sus piernas. Sentía sus dedos deslizándose dentro y fuera de ella, llamándola hacia él.

Nina no pudo pronunciar una sola palabra, perdida entre gemidos, sus manos ahora aferrándose al borde de la bañera. Pablo la miraba fijamente a los ojos, sus dedos adentrándose en Nina cada vez más rápido, haciendo que el agua de la bañera se derramara por el borde.

Sin poder aguantar un segundo más, Pablo retiró sus dedos de Nina y tomándola por debajo de los brazos, la levanto de un tirón de la bañera. La tomo entre sus brazos y se entrelazaron en un beso profundo y apasionado. Nina enrolló sus piernas alrededor de su cintura cuando él la levantó por las nalgas y se encaminó hacia la habitación.

La tumbo sobre la cama y empezó a quitarse con rapidez su camisa de negocios y su corbata, inclinado hacia adelante besándola. Nina por su parte, desabrochaba con agilidad el cinturón de su pantalón y luego lo desabotonaba. Podía sentir su miembro latiendo debajo de la palma de su mano.

Comenzó a frotarlo por encima de sus boxers, reconociendo su contorno familiar. Descubrió la tela que lo cubría y lo introdujo en su boca, su lengua acariciando la extensión de su grosor.

Pablo soltó un gemido de placer mientras tomaba fuertemente a Nina por el cabello y la empujaba hacia él. Nina llevo una mano hacia su virilidad, apretando fuertemente su empuñadura y moviéndola de atrás hacia adelante, aún con su boca succionando fuertemente.

Pablo la empujo con fuerza sobre la cama y tomando sus piernas en el aire, la penetro enteramente. Nina gimió al sentir a Pablo llenando el vacío dentro de su cuerpo. Él se encontraba sobre ella, penetrándola con movimientos rápidos y toscos.

Sus manos apretujaban sus pechos con poca ternura mientras Nina clavaba las uñas en su espalda. Pablo cada vez se movía más rápidamente, sus manos ahora recorriendo sus nalgas con avidez. Nina pudo ver sus ojos vacíos, sin expresión.

Él le devolvía fríamente la mirada. Apresuró el ritmo, mientras Nina gemía cada vez más fuerte hasta que sintió cómo se derramaba dentro de ella. La miraba jadeando, sus brazos sosteniéndolo sobre Nina.

Retiró su miembro de ella y se echó a un lado; tras unos segundos de silencio, se volteó sobre su costado, dándole la espalda. Nina se quedó inmóvil sobre la cama, su vista fija en el cielo raso.

Al escuchar el suave ronquido de Pablo, se giró hacia la mesita de noche y apagó la luz de la lámpara.

Nina se despertó con el tintinear de gotas en el cristal de la ventana. Lloviznaba suavemente. Entreabrió los ojos y se volteó hacia el reloj despertador.

Marcaba las seis de la mañana, todavía faltaban un par de horas antes de tener que levantarse de la cama. Se disponía a volver a dormir cuando advirtió que la cama se encontraba vacía del otro lado, de nuevo. Tras varios segundos de duda, se levantó de la cama. Se asomó al baño y luego a la cocina, nada.

No había señal de Pablo. Caminó de vuelta a la habitación y se dejó caer sobre la cama; se acurrucó entre las libias sábanas y se quedó allí, acostada inmóvil, hasta que el reloj despertador se activó un par de horas después.

Se comenzó a vestir para ir al trabajo aún con el tintineo de la lluvia en el cristal. La escena de la noche anterior se repetía una y otra vez en su cabeza.

El placer y la tristeza mezclados en uno; lo que pensaba que había sido un chispazo del remanente de la pasión que antes había habitado en ellos, resultó ser una puesta en escena triste y vacía, llevada a cabos por actores más tristes aún. Tomó su bolsa y paraguas del perchero por la puerta de la entrada y salió.

Parada en el umbral de la entrada del edificio, abrió su paraguas y salió a la calle. Odiaba la lluvia y los días grises

La lluvia significaba no poder caminar por el parque camino al trabajo a menos que quisiera arruinar sus hermosas de cuero al llenarlas de barro, la lluvia significaba que la gente corría a todos lados para refugiarse del clima o tomaban un taxi y así se arruinaba su pequeño deleite matutino de observar a los transeúntes camino a al trabajo.

Odio la lluvia, se dijo a sí misma.

Cuando iba llegando a la estación del metro, un carro que iba a toda velocidad por la calle le empapó de pies a cabeza al pasar por encima de un charco al lado de Nina.

- Menos mal que lleva paraguas Señorita, de otra forma se hubiese mojado hoy – comentó detrás de ella el portero de un pequeño edificio.

Nina maldijo su suerte por lo bajo mientras bajaba las escaleras hacia la estación del metro. Una agradable oleada de calor recorrió todo su cuerpo una vez hubo pisado el andén. Había una que otra persona sacudiéndose el agua de sus cabellos o de sus paraguas.

El tren venía llegando a la estación. Cuando se hubo detenido entró en el vagón más cercano y tomó asiento junto a la ventana. Sacó un par de audífonos de su bolso, los conectó a su móvil y activó la lista de reproducción *Tren mañana 1*.

Cerró los ojos y se dejó llevar por la música; eso siempre le ayudaba a pensar y a sentirse un poco mejor. Desfilaban por su cabeza escenas del último año junto a Pablo.

No todo fue tan malo, pensó al recordar su pasado cumpleaños o el día que hicieron un picnic en la playa, pero ahora que lo pienso hasta aquellos momentos que no fueron tan malos, en realidad estuvieron vacíos. Detrás de aquellas risas, del sexo y días juntos, no hubo nada. Ya no lo amo, ya no lo amaba.

Lo había intentado, eso estaba por seguro. Mientras él se alejaba ella había intentado traerlo de vuelta hasta ella, diciéndose hacia misma que era solo una fase y que el solo estaba cansado y que la amaba con todas fuerzas.

Quizás si fue así, meditó la chica mientras el tren paraba en la estación próxima, pero cuando estoy más sola a su lado que cuándo no está, eso no puede ser amor.

En algún momento entre esos primeros meses, en algún punto y hora exacta, algo se había roto dentro de ella y fue cuando entonces ya no le preocupó si él se alejaba, si estaba cansado, si estaba follándose a otra o si la amaba. *Ya no lo amo.*

Lo sucedido la noche anterior habría sido solo el efecto de dejarse llevar por el reflejo del momento, por evocar el deseo que en el pasado había reinado en ellos, pero detrás de cada beso, cada mordisco y cada cuerpo, no había nada.

Había seguido junto a él como llevada por una corriente interminable contra la que no quiso nadar. *Hasta ahora.* Había decidido hablar con Pablo esa misma noche. Lo esperaría al llegar del trabajo, lo haría sentarse y le diría todo.

* * * *

Cuando subió por las escaleras del metro hacia la calle descubrió que había dejado de llover. Agradecida, cerró su paraguas y echó a andar. Caminó hasta llegar a las escaleras del *Nuevo Panorama*, donde el viejo letrero pintado a mano le esperaba sobre la entrada.

Entró al amplio vestíbulo y se dirigió al escritorio de la Sra. Strauss como de costumbre. Detrás del alto escritorio, la anciana sonreía radiantemente, sus sonrojadas mejillas y su cabello blanco le conferían el aspecto de la esposa de Papá Noel. La sonrisa de la Sra. Strauss se estiró incluso más al ver caminar a Nina hasta ella.

- ¡Oh, buen día *carrriño!* – dijo la Sra. Strauss.

- Buenos días, Sra. Strau- digo, *Eva* – respondió Nina con una leve sonrisa.

- ¿Qué *sucederrr* contigo *carrriño?*, te ves *trrriste* día de hoy – preguntó la Sra. Strauss en voz baja, acercando su rostro hacia Nina.

- No es nada, solo no me gustan los días, eso es todo – respondió Nina tratando de esbozar una falsa sonrisa.

La Sra. Strauss la miró fijamente con gesto reprobatorio y tomó sus manos entre las suyas.

- *Crrreo* que más bien se *trrrata* de tu *corrrrazóncito* que está lluvioso – le dijo dulcemente le daba unas palmaditas en el dorso de sus manos – aquí está la vieja *Eva porrr* si *quierres* hablar alguien

conmigo, ¿está bien?

- Está bien Sra. Eva, es muy lindo de su parte – respondió Nina que no pudo evitar sonreír ante la ternura de la anciana – lo pensaré.

- ¡Eso es! ¡Y si algún chico viene *querrriendo joderrrte porrr* allí, avísale a Eva y ella *hacerrrle* strudel con sus bolas! – añadió la Sra. Strauss enérgicamente – Toma, llévate un *parr*, están *frrrescas* – dijo, tomando un par de galletas de chocolates de una lata que se encontraba sobre su escritorio.

Nina fue detrás del escritorio y le dio un gran abrazo a la Sra. Strauss. Después de agradecerle varias veces por las galletas, finalmente se despidió de ella y siguió caminando.

Subió por las escaleras que llevaban a los pisos superiores del edificio pero esta vez no entró a la gran sala de escritorios y reporteros del primer piso si no que continuó subiendo hasta llegar al tercer piso. Un viejo letrero junto a la escalera rezaba:

3er Piso

Obituarios

Anuncios Clasificados

Sala de revelado

Bedelería

Cruzó hacia la izquierda y caminó hasta la puerta que se encontraba al final del corredor; la puerta estaba rotulada con un desvencijado letrero, *Sala de Revelado*. Nina abrió la puerta y entró a la habitación.

Se trataba de una sala sin ventanas en la que había una gran mesa de madera dispuesta en el medio de la sala, sobre la que habían esparcidas un montón de fotografías y escoria de papel fotográfico.

En la parte de atrás de la sala, se encontraban unos viejos archiveros de metal y junto a ellos, fijada en la pared, una cartelera en la que había un montón de fotografías que pertenecían a famosos reportajes que habían logrado la primera plana.

En su primer día del trabajo, Nina había observado aquella cartelera con gran admiración y se prometió a sí misma que sus fotografías llegarían a estar exhibidas allí. Un año después, Nina sabía que eso no sucedería.

Al menos no en este pueblucho donde la historia más interesante es la jubilación de la Sra. Jiménez, la bibliotecaria local. A un lado de la habitación había una puerta de madera identificada como *Revelado*.

Nina dejó su bolsa sobre la mesa de madera, sacó de ella un par de contenedores cilíndricos de plástico y se dirigió hacia la puerta de madera.

Se trataba de un pequeño cuarto iluminado por una bombilla de intensa luz roja. Una pared estaba dominada por una vieja estantería de metal en la que reposaban grandes contenedores de químicos utilizado en el revelado de fotografías.

En la otra pared, un pequeño mostrador de acero inoxidable sobre el que se encontraba un recipiente de metal.

A lo largo de la habitación, colgaban unas delgadas líneas de hilo metálico en las que se colgaban las fotografías recién reveladas para escurrirlas. Nina colocó los contenedores cilíndricos sobre el mostrador y se dispuso a destaparlos.

* * * *

Casi tres horas después, Nina descendía por las escaleras del tercer piso. El revelado le había tomado un poco más del tiempo habitual. Su cabeza seguía dando vueltas por el asunto de lo sucedido la noche anterior.

Sin embargo, había algo más que se sentía extraño dentro de sí misma. No se trataba solo del asunto de Pablo, existía algo más que se adentraba en ella y que la hacía sentir vacía e incompleta. Trató de pensar en qué podría ser esto hasta que la respuesta le pareció tan obvia que no supo cómo no lo había pensado antes.

Continuó descendiendo hasta el primer piso y entró en la gran sala con paso decidido. Se encontró al frente de la puerta de vidrio de su editor.

Respiró profundamente y tocó el cristal de la puerta con sus nudillos. Ricardo como de costumbre, levantó la vista de un montón de papeles que se encontraban regados sobre su escritorio y al verla, la invitó a pasar con un gesto de su mano.

- Llegas tarde – dijo Ricardo con gesto reprobatorio.

- Pero llegué – respondió Nina – aquí traigo las fotos de la inauguración de ayer – dijo mientras dejaba un folio sobre el escritorio.

- Ah sí, al fin – dijo Ricardo mientras tomaba el folio con fastidio – lo esperaban en edición desde hace un par de horas. Ya puedes marcharte.

Nina hizo caso omiso de esto último.

- Ricardo antes de irme hay algo de lo quiero hablarte – dijo Nina.

- Espero que no sea del mismo asunto de siempre. Creo que hablé muy claro la última vez – dijo Ricardo sin levantar la vista de las fotografías.

- Pues, es exactamente de eso que vengo a hablar. No voy a tomar un no como respuesta – dijo la chica.

- Pues, vas a tener que hacerlo. Yo soy el editor en jefe, no tú – respondió Ricardo.

- Escucha, Ricardo – dijo Nina acercándose al escritorio – he hecho un excelente trabajo desde que entré, nunca has tenido alguna queja de mí o has quedado inconforme con mi trabajo. ¿Por qué no puedes darme la oportunidad? Sé que no te fallaré a ti ni al periódico.

- Mi respuesta sigue siendo no. No tengo por qué darte explicaciones – respondió el hombre sin despegar su vista de los documentos que ahora tenía en sus manos.

- Ricardo te dije que no aceptaré un no como respuesta, no pasaré más tiempo desperdiciando mi

talento y mi tiempo retratando inauguraciones de oficinas – dijo Nina.

Ricardo dejó los documentos sobre el escritorio, se quitó sus gafas y comenzó a limpiarlas con la punta de su corbata.

- ¿Talento, dices? – dijo mientras esbozaba una sonrisa burlona - ¿Desperdiciar tu talento?

- Has hecho un par de fotografías aceptables y, ¿ahora vienes a demandar y decir que desperdicias tu talento? – continuó. Escucha niña, no sé quién te crees que eres pero si nadie te lo ha dicho te lo digo yo, nada de lo que has hecho es excelente o grandioso o excepcional. Así que no vengas aquí esperando a que se cumplan todas tus demandas solo porque te crees demasiado especial – añadió levantando la voz.

Ahora las personas que se encontraban en la sala, cerca de la oficina, volteaban a ver de qué se trataba tanto alboroto. Las mejillas de Nina se encendieron con las palabras de Ricardo. Había ido demasiado lejos.

- Así que mejor cierra el pico, toma tu cámara y sigue haciendo el trabajo que te diga que hagas- declaró Ricardo.

- ¿Por qué mejor no te vas a la mierda? – le interrumpió Nina.

Ricardo enmudeció y sus ojos parecían que iban a salirse de su órbita. La gente que miraba la escena quedó atónita al escuchar las palabras de Nina; algunos llevaban las manos a sus bocas, otros rieron por lo bajo.

- ¿Disculpa? – preguntó furioso Ricardo.

- Así como te dije, ¿por qué no te vas a la mierda, Ricardo? – respondió Nina, su labio inferior temblando de ira - ¿Quién te crees que eres? ¿El editor del *Wall Street Journal*? Eres tan sólo un viejo patético que abusa de la pequeña porción de poder que le ha sido entregada.

Ricardo la miraba estupefacto desde el otro lado del escritorio.

- Tengo más talento en mi dedo pequeño que la que tienes tú en todo tu cuerpo –continuó – me rehúso a seguir trabajando para un imbécil de tu calaña. Es la última vez que algún hombre me vuelve a hacer sentir pequeña. Toma tus fotos de ladrillos e infractores de tránsitos y ferias ridículas y métetelas por dónde no te llega el Sol. ¡Renuncio!

Se giró y empezó a caminar hasta la puerta. Justo antes de salir, se volteó hacia Ricardo y añadió.

- ¡Y todos saben que usas el baño del tercer piso para ir a pajearte!

Nina echó a andar por el medio de la gran sala. Al pasar, todo el mundo la miraba con los ojos abiertos de par en par sin poder dar créditos a lo que acababa de suceder.

Algunos le hicieron gestos aprobatorios mientras sonreían de oreja a oreja. Una chica con la que nunca había hablado antes le dijo, *Así se hace*, al pasar junto a ella. El corazón le latía tan de prisa que parecía que iba a salirse de su pecho.

Bajó las escaleras hasta el vestíbulo y se dirigió hasta el escritorio de la Sra. Strauss. Desprendió de su blusa el distintivo con su nombre que la identificaba como miembro del periódico y lo puso sobre el escritorio.

- Toma, Eva. Ya no lo necesitaré.

- Oh, carrriño lo siento mucho, ¿qué sucedió?- preguntó la Sra. Strauss preocupada.

- Hice un strudel – respondió Nina sonriendo. Caminó hasta detrás del escritorio y abrazó fuertemente a la Sra. Strauss – La echaré de menos.

- Y yo a ti carrriño – respondió la Sra. Strauss.

* * * *

Minutos después, Nina bajaba las escaleras del *Nuevo Panorama* con andar decidido. Había empezado a andar en dirección al metro cuando escuchó que alguien gritaba su nombre detrás de ella.

Se volvió buscando algún rostro familiar y vio que una chica de cabello color rosa agitaba sus brazos y caminaba hacia ella desde el otro lado de la calle. *Gracias al cielo*, pensó Nina al reconocer a la chica.

Se trataba de Belén, una chica que había conocido en su primer día en el trabajo. Ambas habían comenzado como pasantes y luego habían obtenido un puesto fijo.

Durante sus meses de prueba, se habían vuelto muy cercanas; por eso, aunque cada una pasaría a un puesto diferente (Belén en clasificados y Nina en Fotografía), se veían a la hora del almuerzo para mantener el contacto.

En las últimas semanas, Nina había estado tan ensimismada que se había olvidado por completo de Belén y ahora se arrepentía de ello.

La chica del cabello rosa, con chaqueta de jean, botas de comando y medias pantys de colores, no solo era una de las personas más dulces y alegres que había conocido, si no que siempre lograba hacerla sonreír.

- Pensé que no me escucharías – gritó Belén mientras se acercaba a ella sonriendo.

Un auto frenó estrepitosamente justo frente a la chica que cruzaba la calle. Ella golpeó desafiante el capó del auto.

- ¡Cuidado por dónde andas, imbécil! – gritó la chica al conductor del auto el cuál le respondió con un gesto nada agradable.

La chica terminó de cruzar la calle en dirección hacia Nina.

- Cerdo apestoso... ¿Puedes creer a los hombres de esta ciudad?- murmuraba para sí misma antes de pararse justo frente a Nina – ¡Aquí está, mi fotógrafa estrella!

- Ex fotógrafa estrella – la cortó Nina – Acabo de renunciar.

- ¡María, Jesús y Ricky Martin! – soltó la chica de cabello rosa con asombro – ¡No puede ser! ¡Iba a pasar por la oficina pero olvídale, esos anuncios de masajistas pueden esperar! ¡Tenemos que ir por un trago!

- ¿Un trago? – preguntó Nina – Ni siquiera son las doce del mediodía.

- ¡No seas aburrida! – le reprochó la chica de pelo rosa – ¡Nunca es muy temprano para la depresión y los chismes! – añadió con una sonrisa.

- De acuerdo pero tú invitas, ahora soy desempleada – dijo Nina tras dudar unos segundos.

- ¡Por supuesto, cariño! – respondió Belén. Tomó a Nina por el brazo y la empujó calle arriba.

Nina iba a negarse a la invitación pero, *Pensándolo bien, un trago no estaría nada mal.*

Nina ya empezaba a sentirse mejor. Caminaron un par de calles hasta llegar a un bar chic al que Belén visitaba con frecuencia. “*Paradiso*” es un sitio es maravilloso, allí he probado más de una dulce delicia, le escuchó decir más de una vez, y los tragos también son deliciosos, añadía entre risas.

El sitio funcionaba como club por las noches y de día funcionaba como bar-restaurante para los hombres de negocios que buscaban un lugar con vibra “juvenil”.

En la parte de afuera, tenían una hilera de mesas separada de la acera por un pequeño jardín. Belén saludó alegremente un mesonero quién le devolvió alegremente el saludo y las guio hasta una mesa junto a la ventana.

- Es el mejor lugar, puedes disfrutar del día y aún tener un panorama en primera fila de la carta – le comentó Belén señalando a un par de guapos treintañeros de traje de negocio sentados junto a la barra, luego se dirigió al mesonero y dijo – Gonzalo, tráenos dos *Hasta Nunca*, extra *Forever* – añadió sonriendo.

El mesonero asintió y se retiró.

- ¿Qué fue eso que ordenaste? – preguntó Nina con curiosidad.

- ¡No te preocupes, te encantará! – respondió Belén guiñándole un ojo. Sacó un cigarrillo de su bolso, lo encendió y le dio una fuerte pitada – Ahora, ¡cuéntamelo todo!

* * * *

Nina le contó acerca de todo lo ocurrido con Ricardo, mientras Belén escuchaba atónita la historia y solo interrumpía cada cierto tiempo para hacer alguna pregunta. ¡¿Y entonces qué dijo ese bastardo?! Para cuando había terminado la historia y deambulado por las correspondientes ramificaciones, ya llevaban tres *Hasta Nunca*.

- No puedo creerlo – dijo Belén cuando hubo terminado la historia - ¡Maldito cerdo machista! ¿Y ahora qué piensas hacer?

- No tengo ni idea - respondió Nina.

- Bueno, al menos con el trabajo de Pablo pueden sobrevivir hasta que encuentres alguna otra cosa... – comentó Belén.

Nina desvió la mirada hacia sus zapatos, lo que no pasó inadvertido por la chica de pelo rosa.

-...a menos que no todo esté bien en ese departamento, tampoco –continuó.

- Bingo – concedió Nina terminando su trago de un sorbo.

- ¿Qué ha pasado? Digo, sabía que se habían distanciado desde hace algún tiempo pero supuse que las cosas habían mejorado porque no habías mencionado más el tema – dijo Belén.

- En realidad, todo empeoró – dijo Nina.

- ¿Cómo así? ¿Acaso...? ¡No me digas que ese bastardo se atrevió a ponerte un dedo encima! – dijo Belén de repente – Escucha, puedes quedarte conmigo todo el tiempo que quieras, vamos a denunciarlo y a quitarle todo-

- No, no, nada de eso – la interrumpió Nina alarmada – Pablo sería incapaz de hacer eso.

- ¿Segura? ¡Porque estoy segura de que puedo ganarle a ese patán!

- Sí, segura – dijo Nina con una leve sonrisa – me refiero a que cada vez nos distanciamos más.

- Oh, lamento escuchar eso. ¿Te encuentras bien, cariño? – preguntó Belén tomando su mano. Su voz denotaba un tono de tristeza.

- Sí, sí, estoy bien, en realidad ya no me importa- dijo.

- ¿Cómo así? – preguntó Belén mientras sacaba rápidamente un cigarrillo y lo encendía ávida por escuchar el resto de la historia.

- Bueno, verás... - comenzó Nina, y le contó sobre los eventos de la noche anterior y de las últimas semanas y todo lo que había pasado por su cabeza.

- Entonces, ¿ya no lo amas? – preguntó al fin Belén.

- Así es – respondió Nina quién también había encendido un cigarrillo y le daba ahora una profunda pitada.

- ¿Y piensas decírselo esta noche?

- Así es.

- ¡Nina Braga! – exclamó Belén sonriente golpeando suavemente su hombro - ¿Quién lo diría? ¡Recuérdame nunca subestimarte!

- ¿Hago bien en hacerlo? – preguntó Nina - ¿No estoy siendo egoísta?

- Nina, escúchame – dijo Belén en tono serio – nadie está obligado a estar en un lugar donde no es feliz. Buscar tu propia felicidad no es ser egoísta. Nadie mejor que tú para hacer lo que sea mejor para ti, nunca lo olvides.

- Ahora – continuó - ¿qué te parece si pedimos un volcán de chocolate para ahogar las penas?

Nina llegó a su departamento una hora después. Se desvistió y se dejó caer sobre la cama. A pesar de todos los pensamientos que se arremolinaba dentro de su cabeza, se sentía tranquila.

Si era por los *Hasta Nunca* con extra de “*Forever*” que se había tomado o por el hecho de que sentía que estaba haciendo lo correcto, no lo sabía.

Tras unos minutos sopesar sus pensamientos, se quedó dormida. Cuando despertó la luz del crepúsculo ya se colaba por entre las persianas, había comenzado a anochecer. Todavía faltarían un par de horas antes de que Pablo llegara del trabajo.

Se levantó de la cama y se dirigió hacia la cocina. Se paró de puntillas, estiró un brazo y abrió uno de los gabinetes superiores. Removió la tapa de una azucarera de cerámica e introdujo uno de sus dedos dentro de ella.

Tanteó por unos segundos y al final sacó un cigarrillo con la punta de sus dedos. Caminó hasta su bolsa la cual se encontraba colgada de una silla y vació su contenido sobre la mesa de la cocina.

Sé que en algún lugar de allí dentro hay una caja de fósforos. Empezó a apartar con sus manos la pila de objetos desparramados sobre la mesa hasta que encontró la caja de fósforos debajo de una carta con su nombre.

La carta de Julia, recordó Nina, *me había olvidado por completo.*

Llevó el cigarrillo hasta su boca y procedió a encenderlo. Sostuvo el cigarrillo en la comisura de sus labios dejando sus manos libres para abrir el sobre. Dentro había como de costumbre, una carta escrita a bolígrafo.

Querida Nina,

¡Me haces falta un montón!, no he sabido nada de ti desde tu cumpleaños, debes estar atareada con el trabajo o Pablo no te ha dejado pararte de la cama ¡ja ja ja ja! Aquí la Gran Manzana sigue sorprendiéndome cada día, ¡es tan vibrante y colorida! Además, he encontrado una tienda de plumas antiguas a tan sólo 15 calles de mi departamento, ¡es fenomenal!

Ya sé que debes estar muy ocupada, pero espero que puedas venir pronto a visitarme o quedarte para siempre, y ayudarme a conquistar a todos los chicos guapos de Manhattan ¡como quieras ja ja ja ja!
¡La Gran Manzana te llama Nina, ven a darle un gran mordisco!

XOXO

Julia

Pd: Pablo si lees esto, lo de conquistar chicos fue broma. Si no lo lees, ¡no! ¡ja ja ja!

Nina terminó de leer la carta y sonrió. En el dorso de la hoja, Julia había dejado escrita su dirección en Nueva York. Le dio una pitada más a su cigarrillo y volvió a leerla. *Si el destino existe,* pensó, *me acaba de gritar al oído.*

Siempre le había atraído la idea conocer Nueva York pero cada vez que surgía la idea de ir, otra cosa se interponía y la idea quedaba desplazada para después.

Cuando Julia se mudó para allá un año atrás, había parecido el momento justo para hacerlo, pero no pudo decirle que no a Pablo cuando apareció con un par de boletos de tren con destino a Italia. Sin embargo, una pequeña visita a Nueva York sería justo lo que necesitaba.

Un par de minutos después de terminar su cigarro, sacó un par de valijas debajo de la cama y procedió a vaciar el contenido del armario dentro de ellas. Al cabo de una hora había logrado guardar en esas dos valijas su guardarropa completo, un montón de fotografías y otros artículos personales.

Su posesión más preciada, su cámara fotográfica, iría con ella en sus brazos. Tomó una larga ducha y se vistió. Arrastró las valijas hasta la puerta de la entrada y se sentó a esperar. Cinco minutos después, Pablo llegaría al departamento.

* * * *

Al principio le costó un momento unir las piezas y entender la imagen que se encontraba frente a él. Un par de valijas junto a la puerta, sobre la mesa de la cocina una vieja mochila de viaje, y Nina sentada frente a él. Se veía calmada.

Se va.

Sabía que ese momento llegaría, lo sentía venir desde hace meses. ¿Cómo habían llegado hasta ese punto?

Recordaba con claridad el día que la conoció, no podía creer que esa chica tan hermosa hubiese accedido a salir con él. Recordaba también su primera cita, la había llevado al pequeño restaurante italiano dónde sus padres acostumbraban a ir en cada aniversario,

Amore, amore; luego había conducido hasta las afueras de la ciudad, aparcó el auto en la cima una pequeña colina y habían terminado haciendo el amor en la parte trasera de su coche, *Qué hermosa era.*

Cada vez que escuchaba la canción que había escogido como música de fondo, su mente viajaba de inmediato hasta esa mágica noche. ¿Qué había pasado entonces?

Luego de empezar a trabajar con su padre, el trabajo empezó a demandar cada vez más su tiempo y atención. Al principio creyó poder controlarlo y balancear su tiempo con Nina y su trabajo, pero luego todo se salió de control.

Debes trabajar duro si quieres construir un hogar para ustedes dos y sus futuros hijos, le decía su padre constantemente. Eso había tratado de hacer, pero en el intento sólo había logrado distanciarse de Nina y volverse cada vez más frío y vacío.

Él lo podía sentir. Sabía que ella también, lo que veía era muestra de ello. Trataba de no hacerlo pero era como si algo o alguien más hubiese tomado control de su cuerpo y terminaba haciendo o diciendo lo contrario a aquello que quería. No quería que Nina se fuera o, ¿sí?

- Pablo, ya no te amo – le escuchó decir a Nina – creo que tú tampoco lo haces ya, es hora de que seamos sinceros y dejemos de vivir esta mentira. Por mucho tiempo traté de traerte hacia mí, de culparme por tu distanciamiento.

Pero ya no, en algún punto dejé de amarte y dejaste de importarme. Me duele decirlo pero es así. Ya no te amo. Me marchó.

Las palabras de Nina golpearon su pecho y sin embargo, él no sintió nada. *Ya no te amo.* Pero, él sí la amaba, ¿o no? La noche anterior la había encontrado desnuda en la bañera, sumergida hasta el cuello bajo el agua, sus dedos acariciando su sexo, sus ojos cerrados.

Se sintió doblegado por el deseo y fue entonces cuando la tomó y la llevó a la cama. Mientras la penetraba, quería absorber cada centímetro de su cuerpo, su olor lo enloquecía y hacía latir de prisa su corazón.

Cuando se vino dentro de ella, quiso besarla, tomarla entre sus brazos y no dejarla ir nunca de su lado. Pero mientras se encontraba sobre ella, mirándola frente a frente, ese sentimiento se esfumó tan repentinamente como llegó y terminó acostado solo sobre su costado, sintiendo el vacío dentro de sí mismo, sin saber qué hacer. *Ya no te amo.*

* * * *

Pablo se encontraba delante de ella, mirándola fijamente sin pronunciar una sola palabra. *Vaya, cómo se nota cuánto le importa todo esto*, pensó Nina ahora completamente segura de la decisión que había tomado.

- Entonces, ¿te vas? – preguntó al fin Pablo.

- Sí, ya he recogido todas mis cosas – respondió Nina – Por mucho tiempo quise que todo funcionara Pablo, hice lo posible por que las cosas funcionaran, pero una relación necesita dos pilares y ya no puedo soportar tanto peso.

Pablo seguía sin pronunciar un solo sonido.

- No trato de hacerte daño al ser tan franca, es solo que me respeto mucho a mí y a ti como para no llamar a las cosas por su nombre – dijo Nina aún sin obtener ninguna reacción por parte del joven.

Pasaron unos segundos y entonces Pablo caminó hacia la mesa, apartó una silla y tomó asiento frente a ella. Estiró su mano dentro de la chaqueta de su traje y sacó una caja de cigarrillos a medio acabar. Llevó un cigarrillo a su boca y lo encendió.

- Vaya... – dijo mientras daba una pitada al cigarrillo. Giró su vista hacia las fotografías en blanco y negro colgadas en la cocina. Señaló a la fotografía del medio, Nina en la bicicleta – Yo tomé esa fotografía. Salió movida porque pensé que caerías y salí corriendo a ayudarte. Al final no te caíste, lograste recuperar el equilibrio al último momento. Siempre lo haces.

- No sé qué decir – dijo Nina.

- Somos dos – respondió Pablo.

Nina lo miró fijamente unos segundos. Él seguía con la vista fija en las fotografías, al parecer absorto en los recuerdos de aquél viaje. La chica se levantó de la silla y se guindó la mochila y la bolsa del hombro.

Caminó hasta la puerta y giró la manilla. Arrastró las valijas hasta el corredor y volvió a entrar en el departamento. Sacó del bolsillo de sus vaqueros su copia de la llave del departamento y la dejó sobre el mostrador de la cocina.

- Ahora es cuando me doy cuenta de que realmente tomé la decisión correcta. Incluso después de todo lo que ha pasado, aún había una pequeña esperanza en mí de que dijeras o hicieras algo. Adiós Pablo – dijo Nina y salió al corredor cerrando la puerta tras ella.

Nina arrastró las valijas hasta el elevador y marcó la planta baja. El corazón le latía de prisa. *Realmente lo hice, se dijo a sí misma, realmente dejé a Pablo.*

Desde que empezaron a salir juntos, Nina pensó que Pablo era el indicado; desde la primera cita había imaginado claramente su vida juntos, compartiendo departamento, en un futuro formando una familia y envejeciendo uno al lado del otro.

Un futuro que ya no existe. El ascensor se abrió en la planta baja y Nina arrastró sus valijas hasta el hall, las colocó a un lado de la puerta de entrada y salió a la calle. Deseó tener otro cigarrillo. *Realmente dejé a Pablo, realmente lo estoy dejando.*

Caminó hasta el borde de la acera, su vista fija en los carros que transitaban en dirección hacia ella. Pasado unos minutos al fin vio venir un taxi. Hizo señas al conductor de que se estacionase. El auto aparcó frente a la entrada del edificio. Nina volvió al hall y arrastró las maletas hasta la calle.

El chofer se bajó del auto y resultó ser un calvo hombre corpulento que le saludó amablemente y tomó una valija en cada mano y las llevó hasta la cajuela del automóvil. El conductor abrió una puerta del taxi para dejar entrar a Nina.

La chica puso un pie dentro del auto pero antes de entrar, giró su cabeza y echó un último vistazo al edificio. Le pareció haber visto a Pablo asomado desde la ventana de su habitación pero concluyó que la habría imaginado. Se adentró en el auto y el chofer cerró la puerta tras de ella *Adiós, Pablo.*

- ¿A dónde, señorita? – preguntó el chofer mirándola a través del espejo retrovisor.

- Al aeropuerto, por favor.

El coche arrancó enseguida. Nina vio como el edificio se perdía rápidamente a la distancia y con él, el hombre que alguna vez lo había significado todo para ella.

* * * *

Media hora después, el conductor aparcaba el auto en el descenso de peatones del aeropuerto de La Hilandera. Nina se bajó del auto mientras el hombre corpulento sacaba las valijas de la cajuela. La chica pagó la tarifa del traslado y agradeció al conductor, el cual ya había montado las valijas en un carrito porta-equipaje.

El auto arrancó de nuevo y se perdió entre el montón de taxis en la línea de tránsito de la zona de llegadas. Nina suspiró profundamente y empujó el carrito hacia dentro de la terminal.

Siempre le habían gustado los aeropuertos. Los extranjeros en tránsito caminando sin realmente tener a dónde ir, los viajeros que arrastraban sus valijas tras de sí y corrían a toda prisa hacia su puerta de abordaje, el olor tan particular de aeropuerto, pero sobre todo, la sensación de estar a un paso de

poder marcharte sin mirar atrás.

Caminó hasta el mostrador de una conocida aerolínea y se paró en la línea de atención detrás de un hombre de negocios. No pasó mucho tiempo antes de que la representante de atención anunciará que atendería al siguiente en línea; el hombre de negocios caminó hasta el mostrador. Pasado unos minutos, fue llamada a su turno.

- Bienvenida a Express Airlines, ¿en qué puedo ayudarla? – preguntó la chica detrás del mostrador con tono monótono.

- Hola, sí, ehm... me preguntaba si había algún vuelo disponible para Nueva York, lo más pronto posible – respondió Nina.

La chica del mostrador la miró con fastidio, giró su vista hacia la pantalla del computador y comenzó a teclear.

- Aguarde un segundo – dijo la chica.

Nina cruzó los dedos y esperó impacientemente mientras la chica revisaba la lista de los vuelos disponibles. Sabía que había sido una locura ir al aeropuerto ya entrada la noche y esperar conseguir un vuelo a Nueva York.

Sin embargo, sentía que no podía pasar otra noche más en el departamento, tampoco se sentía a gusto durmiendo sola en un hotel y mucho menos, teniendo que regresar a casa de sus padres a quienes tendría que explicarles todo lo sucedido. Al fin la chica levantó la vista hacia Nina.

- Vaya, estás de suerte, hay un vuelo saliendo en cuarenta y cinco minutos y quedan dos asientos disponibles – le informó la chica.

- Oh, gracias al cielo – soltó Nina y procedió a entregarle a la chica su tarjeta de crédito para la compra del boleto.

Minutos más tarde, Nina se alejaba del mostrador de la aerolínea con paso decidido sosteniendo un pasaje aéreo. Caminó hasta un pequeño kiosco y compró una caja de cigarrillos y un encendedor. Salió al área de llegadas y encendió un cigarrillo; luego caminó hasta un viejo teléfono público que había visto al bajarse del taxi.

Introdujo un par de monedas y marcó el número del departamento de Julia el cual sabía ya de memoria gracias a la cantidad de intentos por contactarla en el pasado. La línea repicó una y otra vez, nada. Nina volvió a intentarlo un par de veces sin éxito.

Maldita hippie, ni siquiera tiene buzón de mensajes de voz. Luego del quinto intento Nina desistió. Supongo que tendré que pillarle en su departamento. Apagó el cigarrillo con la punta de su tacó y volvió a entrar a la terminal. Se dirigió hacia el área de abordaje y se perdió entre el mar de pasajeros de los vuelos nocturnos.

* * * *

Despertó cuando alguien tocaba suavemente su hombro. Con los ojos entreabiertos volvió la mirada

hacia su derecha y se encontró a una azafata inclinada hacia ella.

- Disculpe señorita, debe restaurar su asiento a la posición vertical y abrochar su cinturón de seguridad, estamos a punto de aterrizar – le indicó amablemente la azafata.

Nina se removió en su asiento y bostezando enderezó su asiento y abrochó su cinturón. Se volvió hacia la ventanilla y levantó la pestaña que le cubría. La leve luz del alba se filtraba por un mar de nubes e iluminó suavemente el rostro de Nina. Sus ojos brillaron bajo la mañana.

En el asiento contiguo, una señora cuarentona empolvaba su rostro mientras chequeaba el proceso con el espejuelo de la polvera. Vestía un ajustado vestido negro con un escote bastante pronunciado. Sus uñas postizas color rojo intenso iban a juego con su pintura de labios.

- ¿Primera vez que vienes a Nueva York? – preguntó la cuarentona a Nina sin despegar su mirada del espejuelo.

- Sí, primera vez – respondió la chica.

- Nueva York es un paraíso moderno, la vida nocturna es una locura – comentó la cuarentona – y los hombres, oh dios mío. Pero anda con cuidado, son hombres de ciudad. Toman lo que quieren y el resto es historia.

- Lo tendré en mente – respondió Nina

- Una joven tan hermosa como tú va a tener a medio Manhattan rendido a sus pies – dijo la cuarentona – Yo por otro lado, debo utilizar otras técnicas de convencimiento – añadió sonriendo mientras acomodaba su busto dentro del pronunciado escote.

Nina volteó su vista hacia la ventana, ya podía distinguir la lejana silueta de los altos rascacielos. La voz del piloto anunció a través de los parlantes que empezaría el proceso de descenso. Nina se acomodó en su asiento y la emoción llenó su pecho. *De veras voy a aterrizar en Nueva York.*

* * * *

Una hora más tarde salía al área de llegada del Aeropuerto Internacional John F. Kennedy. Nina empujaba un carrito porta-equipajes en los que llevaba sus valijas.

Un chofer le hizo señas desde uno de los llamativos taxis amarillos y la chica caminó hacia él. El conductor era un hombre mayor de cabello blanco y penetrantes ojos azules. Levantó las valijas del porta-equipajes y las colocó en la cajuela del auto.

Nina abrió la puerta y se subió al auto, el anciano chofer la imitó. El auto arrancó y se internaron en el denso tráfico de autos que salían hacia la autopista.

- ¿Hacia dónde me dirijo? – preguntó el anciano en inglés.

Nina entendió perfectamente. Sus padres se habían empeñado en que aprendiera inglés desde muy pequeña y aunque no poseía particularmente interés en el idioma, había logrado aprenderlo y con el tiempo le había tomado algo de cariño.

Registró en su bolso y sacó la arrugada carta de Julia. Dio vuelta a la hoja y leyó al conductor la dirección escrita al dorso.

- De acuerdo, estaremos allí en un abrir y cerrar de ojos – informó alegremente el conductor.

Nina se acomodó en el asiento trasero y dirigió su vista hacia el exterior del auto. Pudo ver como avanzaban dentro de un mar de autos que realizaban su viaje cotidiano hacia el centro de la ciudad. Al cabo de veinte minutos ya pudo distinguir los icónicos rascacielos y multitud de edificios en el horizonte. Nina sonrió emocionada.

Cada vez estaban más cerca. Con suerte podría llegar al departamento de Julia y pillarle antes de que saliera al trabajo, aún iba con tiempo. Pero la esperanza de conseguirle pronto se desvaneció cuando el tráfico les hizo detener en medio de un puente de acceso a la ciudad.

- Vaya, parece que estaremos aquí un buen rato, seguramente se trata de un auto accidentado o un pobre infeliz que quiere saltar del puente – dijo el anciano con tranquilidad, sacó un ejemplar de la prensa debajo de su asiento y lo abrió mientras se acomodaba en su asiento.

Maldita sea, pensó Nina, si no le consigo ahora, tendré que esperar todo el día hasta que llegue del trabajo.

- ¿No hay alguna forma de bordear el tráfico? De veras necesito llegar rápido – preguntó Nina al anciano.

- Cariño, la única forma de que llegues rápido a dónde vas sería en helicóptero – respondió el chofer sin despegar la vista del periódico.

- Bienvenida a Nueva York – añadió el anciano riendo.

Nina maldijo por lo bajo. *Bueno, todo había salido muy bien hasta ahora, algo tenía que suceder,* pensó. Se quitó la chaqueta y la hizo un ovillo, la colocó entre su cabeza y la ventanilla a modo de almohada. *Al menos podré dormir un poco.*

* * * *

Hora y media más tarde manejaban por un colorido barrio repleto de kioscos, restaurantes y edificios de mediana altura. Nina admiraba el paisaje fascinada por los coloridos locales y transeúntes. Había personas caminando por todos lados, de todas las razas y colores.

Algunos iban vestidos de trajes de negocios, otros de moda callejera, vio a un par de judíos ortodoxos caminando calle arriba y a un grupo de mujeres musulmanes con sus burkas ondeando en el viento. Un restaurante vietnamita junto a una tienda de santería caribeña.

- Aquí es. Llegamos – dijo al fin el anciano mientras se detenía frente a un viejo edificio de ladrillos.

Cuando se hubo detenido, se bajó del auto y procedió a sacar las valijas de la cajuela y dejarlas a un lado en la acera. Nina le pagó la tarifa de viaje con un par de billetes que había obtenido de la casa de cambios en el aeropuerto.

Guardó su monedero en su bolsa y cuando se giró para hacer una pregunta al chofer, se dio cuenta de que este ya estaba dentro del auto y echaba a andar.

Nina arrastró las valijas por la pequeña escalinata en el frente del edificio. En el rellano y junto a la puerta de entrada, encontró un viejo intercomunicador. Nina buscó la carta de Julia y se dio cuenta de que no aparecía allí el número de su departamento.

Bueno, pensó Nina, mantén la calma, no pasa nada. Llamaré departamento por departamento y alguien atenderá. Cuando atienda una hípster española sabré que le he conseguido.

Al cabo de cinco minutos había probado con todos los números. No consiguió respuesta de la mayoría salvo dos, de los cuales uno resultó ser una mujer que comenzó a gritarle en lo que parecía ser mandarín y el otro, una psíquica llamada Jennifer que le preguntó si venía consultarse con ella.

La chica se sentó desesperanzada en la escalinata. Trató de recordar el nombre donde Julia trabajaba como camarera.

¿Casiopea?, o era, ¿Camelia?, o quizás, ¿Caliomeña? Era inútil, ninguno parecía ser la respuesta correcta. De pronto, un pensamiento aterrador se apoderó de ella, algo en lo que no había reparado antes.

¿Y si salió de viaje por el fin de semana? ¿Y si ya ni siquiera vive aquí? Ahora que lo pensaba, la carta no tenía fecha, pudo haber sido enviada hace meses y recién llegar días atrás.

La única referencia a un tiempo dentro de la carta, era su cumpleaños, ¡el cual había sido hace cuatro meses! Nina buscó frenéticamente un cigarrillo dentro su bolsa, lo encendió y le dio varias pitadas, presa del pánico.

* * * *

Habían pasado un par de horas desde que el taxi la había dejado frente al edificio de Julia. Se había quedado sentada en aquella escalinata pues la idea de caminar por allí arrastrando dos valijas no le resultaba atractiva.

Nadie entró o salió del edificio en todo ese tiempo. Estaba empezando a entrar en pánico. *Esto había sido una locura, lo sabía. No debí haber venido sin antes hablar con Julia. Fue una locura aparecerme así de la nada. Terminaré muerta en una alcantarilla,* se dijo Nina a sí misma mientras daba fuertes pitadas al cigarrillo.

- Disculpa chica, ¿te sientes bien?

- ¿Ah? – preguntó Nina levantando la vista hacia la persona que le hablaba.

Resultó ser una delgada chica rubia de gran estatura. Sus ojos color esmeralda brillaban bajo unas gafas de pasta negra. Estaba parada al pie de la escalinata sosteniendo una bolsa de víveres.

- ¿Te encuentras bien? – preguntó de nuevo la chica rubia - parece que estas a punto de echarte a llorar.

- No, no, estoy bien, gracias – respondió Nina mientras apagaba el cigarrillo en una maceta a su lado – no pasa nada.

- ¿Segura? ¿No ha sido Steve otra vez, verdad? – preguntó mirando alrededor – le gusta venir a mostrarle el “pilín” a cualquier desprevenido.

- Yo no, ehm, ¿quién es Steve? – preguntó Nina confundida. No entendía nada.

- Oh, solo es el indigente pervertido que vive arriba del 7-eleven justo al cruzar la calle – respondió la chica rubia – ¿Segura que no hay nada con lo que pueda ayudarte? ¿Qué hacías aquí sentada? ¿Buscabas a alguien?

Nina dudó unos segundos.

- En realidad sí, busco a mi mejor amiga, me dio esta dirección y bueno, no está – respondió Nina mostrándole la dirección que estaba escrita en el dorso de la carta.

- Ya veo – dijo la chica rubia – aguarda un segundo, esto es una carta escrita a mano.

- Sí, mi amiga tiene una obsesión con este tipo de cosas – explicó Nina quien esperaba no haber hecho enojar por alguna razón a la amable chica rubia

La chica rubia sonrió.

- ¿Te llamas Nina? – preguntó la chica rubia un tanto dudosa.

- Sí, pero, ¿Cómo lo sabes? – preguntó Nina ahora más confundida aún.

La chica rubia sonrió y empezó subir la escalinata hasta Nina, ésta la miraba con recelo sin entender lo que estaba sucediendo. La chica rubia se detuvo un par de escalones por debajo de ella y le tendió una mano diciendo.

- Mi nombre de Charlotte, soy la compañera de departamento Julia, ella nunca para de hablar de ti. Quiero decir, *nunca*. Nunca para de hablar de nada, en realidad.

Un brote de esperanza y alegría brotó del pecho de Nina. Pudo tomar a la chica rubia y besarla allí mismo. ¡*No moriré en una alcantarilla!* Ahora entendía todo. Se levantó y dio un fuerte abrazo a Charlotte.

- ¡Gracias al cielo! – dijo Nina – ya no sabía qué más hacer, pensé en encontrarle antes de que se fuese al trabajo y entonces quedé atrapada en medio del tráfico y-

- Está bien, cariño, es Nueva York, esto sucede todos los días – dijo Charlotte – ahora si no te importa, quisiera respirar de nuevo.

Nina se disculpó mientras retiraba sus brazos de los cuellos de la chica rubia y se echaba a un lado para dejarle pasar.

- Subamos. Julia tiene hoy su día libre, salió a una estúpida feria de hípsters y esas cosas. No debe tardar en llegar – dijo Charlotte mientras abría la puerta de la entrada y la sostenía para dejar pasar a Nina.

Nina arrastró las valijas hasta el hall del edificio. Era mucho más antiguo de lo que se podía ver por fuera. A la derecha, una vieja escalera de madera en espiral llevaba a los pisos superiores y a su izquierda, había un antiguo elevador de reja de hierro del que colgaba un letrero que rezaba *Fuera de*

Servicio. Nina miró con tristeza el letrero.

- No te preocupes, vivimos en el primer piso – dijo Charlotte sonriendo al ver la expresión que se dibujaba en el rostro de Nina – Venga, yo te ayudo un poco.

Gracias al cielo, agradeció Nina. Entre las dos arrastraron las valijas escaleras arriba. El esfuerzo resultó ser mucho menor del que habría pensado. Se detuvieron frente a una vieja puerta de madera oscura sobre la que había una pequeña lámina de bronce con *1D* grabado en ella.

La chica rubia introdujo la llave en el cerrojo y la giró mientras empujaba la puerta con su cuerpo. La puerta se abrió y terminaron de arrastrar las valijas hasta el interior del departamento. Nina sonrió.

El departamento resultó ser más grande de lo que pensó que podía ser un modesto departamento neoyorquino y sin duda alguna, bastante acogedor. La salita de se encontraba adornada muy cuidadosamente con un amplio sofá de tres plazas que se encontraba cubierto de cómodos cojines.

Afiches de bandas americanas y réplicas de famosas pinturas cubrían las paredes. Del techo colgaban linternas de colores y luces de navidad. Junto a la ventana, un montón de macetas con plantas de llamativos colores.

- No es mucho, pero es casa – dijo Charlotte mientras dejaba la bolsa de víveres sobre una mesa verde en medio de la salita.

- Es genial – respondió Nina sonriendo.

Charlotte se volteó hacia ella.

- Entonces, ¿vienes de vacaciones? – preguntó.

- Sí, vengo de vacaciones, siempre había querido conocer Nueva York – respondió Nina.

- Mmm... - dijo Charlotte sonriendo – esas son unas valijas bastante pesadas para alguien que sólo viene de vacaciones.

- Es una larga historia – respondió Nina.

- Bueno, tenemos tiempo mientras llega Julia. Voy a preparar un poco de té, ¿gustas? – preguntó Charlotte mientras caminaba hacia la cocina.

- Sí, claro – respondió Nina, siguiendo a Charlotte.

- ¡Demonios! – exclamó mientras registraba los gabinetes de la cocina – He olvidado que nos quedamos sin té. ¿Te importa quedarte aquí mientras vuelvo a la tienda a buscar un poco?

- No, para nada – respondió Nina – Aunque, de hecho, sería un placer ir yo misma. Me muero por caminar y explorar un poco la ciudad ahora que sé que no moriré en la calle.

- ¿Segura? – preguntó Charlotte sonriendo – ¿No tendré que salir a buscarte en alguna escalinata?

- En lo absoluto – respondió Nina entre risas.

Cinco minutos después bajaba rápidamente la escalinata en el frente del edificio. No podía dejar de sonreír.

¡Lo he hecho!

Caminó hasta la esquina de la calle y cruzó hacia la derecha como le había indicado Charlotte. Siguió caminando mientras sus pulmones se llenaban de un vibrante aire de libertad y su larga cabellera negra azabache ondeaba radiante en el viento.

- Entonces, ¿no dijo nada? Ni siquiera negar algo de lo que decías o tratar de echarte la culpa, ¿tan solo te dejo ir? – preguntó Charlotte con asombro.

- Nada. Cero – dijo Nina haciendo un círculo con sus dedos - ¿Sabes? Sé que no hubiese hecho ninguna diferencia porque ya yo estaba decidida y nada de lo que dijera iba a cambiar por lo que pasamos estos últimos meses, pero de verdad hubiese querido que al menos me hubiese gritado o reaccionado de alguna forma.

- Te entiendo claramente – concedió Charlotte – una vez salí con un psiquiatra, muy apuesto por cierto, pero totalmente aburrido fuera y dentro de la cama, si sabes a lo que me refiero, y cuando finalmente fui a su casa a terminar con él, ¡el muy imbécil me trato como si fuese su paciente!, ¡no le importó en lo más mínimo!

- Vaya clase de tipo – comentó Nina irónicamente.

- El muy idiota me preguntaba cada cinco minutos, ¿Y eso cómo te hace sentir? – añadió Charlotte – Debí decirle, “Me hace sentir como que debí haberme follado a tu mejor amigo”.

Nina estalló en carcajadas al mismo tiempo que Charlotte caminó hasta la ventana y encendió un cigarrillo.

- Entonces, ¿Soltera y sin trabajo? Creo que unas vacaciones fue la mejor idea que se te pudo ocurrir.

- Sí, también pienso eso – dijo Nina – solo quería alejarme de todo aquello por un tiempo. Solo respirar y vivir, ¿sabes?

- Bueno, si lo que quieres es vivir, viniste al sitio indicado.

- ¿Y tú, Charlotte? ¿Cuál es tu historia? – preguntó Nina caminando hacia donde se encontraba Charlotte y encendía un cigarrillo.

- Bueno, viví y crecí en Queens. Me mudé de mi casa cuando era tan solo un poco más joven que tú. Estudié Artes en el *Metropolitan* y pasé por todos los trabajos que puedas imaginar. Conocí a muchas personas, hice muchos contactos. Trabajaba con alguien y luego con alguien más, una cosa llevó a la otra y ahora trabajo buscando piezas valiosas para coleccionistas privados

- Wow, eso suena fenomenal – dijo Nina con asombro. Charlotte se le antojaba tan interesante y experimentada.

- Sí, no me quejo. Recién empecé, aún estamos probando a ver cómo fluyen las cosas, pero tengo un buen presentimiento.

- Estoy segura de que te irá fantástico – aseguró Nina.

- Eso espero – dijo Charlotte – por cierto, el próximo sábado habrá un-

Charlotte se detuvo al escuchar el sonido de la cerradura de la puerta de entrada. Ambas se giraron hacia la puerta para ver como la manilla giraba y la puerta se abría.

Julia se detuvo bajo el umbral de la entrada tratando de procesar la imagen que tenía frente a sus ojos. Sus ojos estaban abiertos de par en par y su boca dibujaba una gran “o”. Dio un par de pasos sin poder dar crédito a sus ojos.

- Pero... ¿cómo? – dijo Julia.

- ¡Sorpresa! – gritó Nina alegremente mientras alzaba los brazos y corría hacia ella.

Las dos chicas se unieron en un profundo abrazo. Julia había sido su mejor amiga desde que eran niñas.

Sus padres habían ido juntos a la universidad y se habían frecuentado desde muy pequeñas, yendo a la misma escuela y más tarde, a la misma universidad. Si bien Julia era excéntrica y un poco difícil en algunas ocasiones, en ese momento Nina comprendió realmente cuánto le había echado de menos.

- ¡Oh Dios mío! ¿Cuándo llegaste? – preguntó Julia sonriendo mientras cerraba la puerta tras ella y dejaba una bolsa grande junto a la entrada.

- Llegué hace un par de horas, esperaba encontrarte antes de que salieras de la casa pero todo se complicó – explicó Nina.

- ¡No puedo creerlo! ¡Estás aquí, después de tanto tiempo! – exclamó sonriente Julia y volvió a abrazar a Nina con fuerza.

- ¡Así es! – dijo Nina envuelta en el abrazo de Julia.

- ¡Tenemos tanto de que hablar! – dijo Julia.

- Y yo tengo tanto que hacer, las dejo para que puedan ponerse al día, chicas – dijo Charlotte mientras tomaba su bolsa del perchero.

- ¡Oh cariño, no tienes que marcharte, no hay ningún problema! – dijo Julia.

- Por supuesto, Charlotte, podemos seguir hablando – añadió Nina.

- No de veras iba de salida, tengo que arreglar un par de cosas del trabajo – dijo Charlotte – de eso te comentaba junto antes de que llegara Julia. El próximo sábado organizaré una exposición de un artista en ascenso para mis clientes y sus amigos. Habrá comida y bebida y de seguro, chicos guapos y adinerados. Están totalmente invitadas.

- Seguro que estaremos allí, Charlotte, muchas gracias – dijo Julia.

- ¡Suena fantástico! – añadió Nina con emoción.

- ¡Genial! Las añadiré a la lista de invitados – dijo Charlotte – bueno guapas, nos vemos luego. Voy de salida.

- En realidad yo sólo vine hasta aquí a dejar un par de cosas. Muero de hambre. Nina conozco un excelente restaurante hindú que te encantará – dijo Julia mientras sacaba un par de extraños objetos de la bolsa junto a la entrada.

- De acuerdo- dijo Nina sonriendo.

- Listo, salimos juntas entonces – dijo Charlotte.

Bajaron las tres juntas por las viejas escaleras de madera. Una vez salieron a la calle, se despidieron

de Charlotte quien echó a andar en dirección contraria. Julia colocó su brazo por encima del cuello de Nina y siguieron caminando.

- Entonces la pequeña Nina ahora en Nueva York – dijo Julia sonriendo.

- En carne y hueso – respondió Nina.

- ¿Por qué no me escribiste, o llamaste, o algo? Me hubiese encantado esperarte en el aeropuerto, hubiese preparado algo especial para hoy – preguntó Julia.

- Bueno, verás, la cuestión es que fue un tanto improvisado – respondió Nina – y para ser sincera sí te llame... ayer en la noche – añadió sonriendo.

- ¿Cómo que improvisado? ¿Sólo fuiste al aeropuerto y ya?

- Exactamente así.

- Y Pablo está de acuerdo con todo esto, ¿no? – preguntó Julia.

- Bueno, esa es la otra cuestión – dijo Nina – Pablo y yo ya no estamos juntos.

- ¡¿What?! No puede ser – dijo Julia – Oh, cariño, lo siento mucho.

- Está bien, estoy bien – explicó Nina – suena más triste de lo que fue, en realidad.

- Wow, no puedo creerlo – dijo Julia – pero entonces si no hay problema con Pablo, ¿cómo hiciste con el trabajo?

- En realidad...

Julia soltó una risotada.

- ¡No puedo creerlo, ¡Nina Braga! – exclamó sonriendo – oficialmente dejaste de ser una niña buena.

- Oficialmente – corrigió Nina haciendo comillas con los dedos – dejé de ser una niña buena en el dormitorio de los padres de Nicola Vienko.

- ¡Eres terrible! – dijo Julia mientras señalaba con su dedo un local al otro lado de la calle – es allí. ¡Vamos!, ¡El pollo Tandori te va a encantar!

Cruzaron la calle y llegaron a la entrada del local. Había un gran letrero sobre la puerta adornado con símbolos hindúes; el letrero rezaba *Parvati's*. Julia empujó una pesada puerta púrpura y entraron.

Se trataba de una larga sala en forma rectangular iluminada por un sinfín de linternas de colores e impregnada de un fuerte olor a especias. Sus paredes y el piso se encontraban cubiertos de coloridos tapices repletos de personajes hindúes ancestrales de los que Nina habría leído alguna vez.

Una hermosa chica ataviada con una túnica naranja las recibió en la entrada y las condujo a una mesa junto a la ventana.

El lugar se encontraba desierto a excepción de ellas y un grupo de jóvenes sentados en el fondo de la sala. Julia se encargó de ordenar un par de platos para degustar. Nina la observaba y sonreía. Julia ahora llevaba el cabello corto muy por encima de los hombros, su pálida piel contrastaba con sus hermosos ojos oscuros.

Llevaba un vestido verde de lunares y medias pantys color miel. *Realmente parece que la hubiesen*

sacado de los 50's. Cuando la mesera se hubo marchado con la orden, Julia se volvió hacia ella.

- ¡Ahora quiero escucharlo todo!

Nina procedió entonces a contarle a Julia todo lo sucedido. Empezando por el declive de su relación con Pablo unos meses atrás y siguiendo por los eventos que le llevarían a terminar su relación con el hombre que creyó que compartiría el resto de sus días y a renunciar al único trabajo que había tenido en su vida.

Habló de sus fugaces encuentros sexuales con Pablo y de lo vacía que la hacían sentir, del aburrido trabajo en el periódico y de cómo decidió tomar un avión y alejarse de todo aquello por al menos unas semanas.

- ¿Sabes lo que pienso? – preguntó Julia cuando hubo terminado.

- Si se trata de ti, nunca sé lo que estás pensando – dijo Nina sonriendo mientras daba un sorbo a su vaso de té.

- Deberías quedarte aquí – respondió Julia.

- Venga, ya, en serio – dijo Nina tornando los ojos.

- Hablo en serio. Digo, ya con Pablo y tu trabajo fuera del panorama, ¿qué te ata a ese lugar?

- Ehm, bueno, para empezar... la nacionalidad – respondió Nina.

- Buen punto – concedió Julia – pero hay formas de hacerlo y más allá de eso, ¿no considerarías la opción? Aquí hay miles de cosas que puedes hacer con la fotografía y miles de chicos con los que puedes hacer... otras cosas.

- Si lo pones así, claro, pero las cosas no son tan sencillas – respondió Nina tomando otro sorbo del té. *Maldición, está delicioso.*

- Solo digo que deberías considerarlo, Nina – dijo Julia – te pierdes de mucho.

* * * *

Tras terminar de comer se quedaron un rato charlando tomando vaso tras vaso del delicioso té del local. El lugar donde trabajaba Julia resultó llamarse *Calliope* y parecía irle bastante bien.

Había salido un par de veces con un chico dueño de una pequeña tienda de antigüedades pero el asunto no parecía ir a ningún lado. *Llevo solo un par de horas aquí y ya siento que respiro mejor*, pensó mientras hablaba con Julia. *Definitivamente estas pequeñas vacaciones van comenzando con buen pie.*

* * * *

Pasada media hora tomaban se levantaban para marcharse del lugar. Solo quedaban ellas y un chico junto a la barra. Julia le había comentado sobre un espectacular café argentino que quedaba a tan solo cuatro calles y de hacer la tradicional visita a la *Quinta Avenida*.

Luego de pagar y agradecer a la chica de la túnica naranja, salieron del establecimiento. Solo habían avanzado media calle cuando Nina recordó que había dejado su bolsa en la silla donde habían estado sentadas.

- ¡Aguarda un segundo, dejé mi bolsa, ya vuelvo! – dijo a Julia antes de volver sobre sus pasos

Caminó con paso enérgico hasta el restaurante y atravesó la gruesa puerta verde. Se dirigió hacia la mesa y tomó su bolso de la silla. *Gracias al cielo*, se dijo a sí misma. Se volvió rápidamente para salir del local cuando chocó estrepitosamente contra algo que la balancearse hacia atrás.

Sintió como algo la tomaba por la cintura y la ayudaba a recobrar el equilibrio. Se dio cuenta que un par de hermosos ojos grises la miraban fijamente. Lo reconoció, era el chico que se encontraba sentado en la barra unos minutos atrás.

De lejos no había notado lo increíblemente alto y guapo que era. Tenía brazos musculosos y una fuerte quijada. Su rostro parecía una escultura griega y mechones de su desordenado cabello oscuro caían como una paradisíaca cascada sobre sus ojos. *Jesús, María y Ricky Martin*, pensó Nina, *quiero tener todos tus hijos*.

- ¿Estás bien? – preguntó el chico en inglés.

- Sí, sí, claro, muchas gracias, no sé qué me ha pasado – respondió Nina.

- No te preocupes, ha sido mi culpa, no te he visto – se disculpó el chico que aún tomaba a Nina de la cintura.

- Tranquilo, no hay problema – aseguró Nina.

- Ah, sí, disculpa – dijo el chico al darse cuenta que aún tenía sus manos en la cintura de Nina – temí que fueses a caer.

- De nuevo, no hay problema – le aseguró Nina mientras el chico retiraba sus manos. *Por mí las puedes poner donde quieras*.

El chico la miraba sonriendo.

- Viktor – dijo mientras tendía una mano hacia Nina.

- Nina – dijo Nina mientras estrechaba su mano.

Ahora Nina también sonreía.

- ¿Te parece si salimos un día? Yo me aseguraré de que no te caigas y tú puedes tropezarte conmigo todas las veces que quieras – dijo el chico.

- Yo, ehm – dudó Nina. El corazón le latía de prisa. Sí, el chico, *Viktor*, era encantador pero no estaba segura de si estaba lista para empezar a salir con chicos de nuevo – lo que pasa, es que tengo novio – añadió, arrepintiéndose enseguida.

- ¿En serio? – preguntó Viktor decepcionado – bueno, no es sorpresa que una chica tan hermosa como tú ya esté con alguien – añadió.

- Sí, se llama Pablo – añadió Nina torpemente. *Ok, ahora quiero suicidarme.*

- Vaya, eso es algo específico – comentó el chico – en ese caso, Nina novia de Pablo, supongo que nos vemos por allí entonces.

- Sí, seguro – dijo Nina. *Merezco morir.*

El chico le dedicó una última sonrisa y empujó la gruesa puerta verde de camino a la calle antes de que Nina pudiese pronunciar una sola palabra. La chica de la túnica naranja miraba a Nina con mirada reprobatoria. *Tengo serios problemas mentales.* Nina imitó al chico y salió a la calle arrastrando los pies. Miró a su alrededor pero ya no había rastro de Viktor. Caminó de vuelta hacia donde la esperaba Julia la cual se sorprendió al ver la expresión de su amiga.

- ¿Qué sucedió, no la encontraste? – preguntó Julia alarmada.

Luego de relatar el breve encuentro con el chico del restaurante, Julia le aconsejó que no se preocupara; le aseguró que la ciudad estaba llena de guapos chicos que querrían salir con ella y que esas cosas sucedían a diario, aunque no sonó muy convencida con lo último.

* * * *

Visitaron el café del que había hablado Julia y varios pequeños rincones más, y luego, *Quinta Avenida y Times Square.* Regresaron al departamento y quedaron en continuar al día siguiente. Nina estaba exhausta.

Había aprovechado la oportunidad de llamar sus padres y contarles de su viaje solo en caso de que quisiera contactarle. Obvio el asunto de Pablo y del trabajo por los momentos. Charlotte se unió a ellas ya entrada la noche. Charlaron junto a la ventana hasta llegada la medianoche.

Julia había insistido en que Nina podía dormir con ella en su cama, después de todo era bastante grande. Antes de dormir, la mente de Nina divagaba mientras se encontraba inmóvil con la vista fija en el cielo raso.

Estoy en Nueva York. Hace un día renunciaba a mi trabajo y a mi vida con Pablo y hoy estoy a miles de kilómetros de distancia. La vida es tan extraña, pensó Nina, creamos muros tan altos e imposibles alrededor de nosotros mismos y luego los tumbamos con tan solo un soplo.

Por un segundo pensó en Pablo y se preguntó qué estaría haciendo. Era la primera vez en mucho tiempo que dormiría sin él, porque a pesar de todo, nunca habían dejado de dormir juntos. A veces despertaba en el medio de la madrugada y la confortaba saber que se encontraba a su lado.

Estiraba su mano y tocaba su espalda y entonces él se voltearía hacia ella aún dormido y tomaría su mano entre las suyas. El recuerdo la hizo sentir extraña, no sabía de dónde había surgido. Poco tiempo después, dormía profundamente.

En los días siguientes, Julia pidió un permiso especial en el trabajo alegando una emergencia familiar. Se dispuso a enseñar a Nina tanto de la ciudad como le fuese posible.

Caminaron por *Central Park* y por *Broadway*, pasando por el *Rockefeller Center* y la *West Village*, subieron a la cima del Empire State y viajaron en el *Subway*, tomaron un ferry y visitaron la *Estatua de la Libertad* y *Ferris Island*.

Nina estaba intoxicada con la vibrante esencia de la ciudad, con sus colores, su gente y sus altos edificios que subían más allá de las nubes.

Incluso a veces mientras caminaban, podía sentir latir el corazón de la ciudad, pero resultó que sólo era la vibración que producía el metro al pasar por debajo del suelo. Además, había logrado obtener un montón de retratos geniales con su cámara.

El sábado en la mañana Julia despertó a Nina al sacudirla por los hombros enérgicamente. Le costó trabajo abrir los ojos, todo le daba vueltas. El día anterior habían llegado ya entrada la madrugada.

Julia le había servido de guía gastronómica en su recorrido por el barrio chino. Nina tardó un segundo en comprender qué sucedía hasta que vio a su amiga inclinada sobre ella a un lado de la cama. *Más vale que alguien haya muerto, pensó, nos fuimos a la cama hace apenas dos horas.*

- Julia, ¿qué... qué sucede? – preguntó Nina en medio de un gran bostezo.

- Tienes que despertarte, tenemos muchas cosas que hacer – respondió Julia.

- No, no tenemos que hacer nada de eso. Solo tenemos que dormir – dijo Nina mientras se daba vuelta en la cama.

- Escucha, hoy es el evento al que nos ha invitado Charlotte – le recordó Julia – Es un evento súper chic del mundo artístico, tenemos que ir de compras. Además ya es de mediodía.

Nina frunció el ceño. Esto le parecía sospechoso, Julia no frecuentaba este tipo de cosas. Decía que este tipo de eventos eran “superfluas reuniones de ovejas perdidas del rebaño en que la gente se esfuerza por demostrar quién es más lindo y adinerado, y quién es más snob, y quién ha ido más veces de vacaciones a Cancún”; sabía que había aceptado ir pero solo por tratarse de Charlotte.

Además, para Julia la idea de ir de compras consistía en un recorrido por el mercado de las pulgas o desconocidas tienditas de antigüedades. Sin embargo, parecía genuinamente emocionada por todo el asunto. Nina suspiró profundamente.

- ¿Ir de compras? Yo ya tengo ropa – dijo Nina.

- No, para esto no tienes – le corrigió Julia – esto no es un evento informal en el campus. No quieres llegar usando... tu ropa.

Nina la miró fijamente por unos segundos. Al final, cedió.

- De acuerdo, pero deja de mirarme de esa forma – dijo mientras se levantaba de la cama – pareces

una maníaca.

* * * *

El transcurso del día transcurrió en visitas a lujosas tiendas de ropa y accesorios. Julia parecía haber sido reemplazada por alguien más. Pasó media hora discutiendo con una vendedora sobre cuál sería el mejor lápiz labial para la ocasión y más tarde, haría a una cansada chica darle a probar de al menos dos docenas de elegantes perfumes.

Volvieron a casa cuando ya empezaba a ponerse el Sol y descubrieron que Charlotte ya se había marchado al evento, había mencionado que había cosas que preparar antes de la exposición. Un par de horas más tarde ya viajaban en un taxi dirección al piso donde tendría lugar la exposición.

Se trataba de un alto edificio en una zona de alto perfil en Manhattan. Se encontraba en el medio de un mar de espectaculares rascacielos que brillaban alegremente en la fresca noche.

Nina y Julia se bajaron del taxi y se aproximaron a la entrada del gran edificio. Cuando caminaban un par de chicos que iban de salida voltearon a verlas pasar mientras esbozaban unas sonrisas maliciosas.

Julia llevaba un vestido negro por encima de las rodillas y un hermoso peinado inspirado en los años 50's, y Nina por otra parte, usaba un deslumbrante vestido rojo que dejaba sus hombros al descubierto, su larga cabellera negra desbordándose sobre su espalda.

El encargado las buscó en la lista de invitados y tras comprobar que estuviesen registrados sus nombres, les indicó que tomaran el ascensor del fondo el cual las conduciría al pent-house.

- ¿En el pent-house? ¡Debe ser un asunto súper exclusivo! – murmuró Julia emocionada mientras entraban en el elevador y este cerraba sus puertas.

Durante los pocos segundos de viaje en ascenso, las chicas aprovecharon de revisar su maquillaje en el espejo del elevador y hacer acomodos de última hora a sus vestidos. Al fin las puertas del elevador se abrieron. Frente a ellas se encontraba un espectacular hall iluminados por brillantes luces de colores.

El lugar se encontraba repleto de gente adinerada y meseros que iban de aquí para allá ofreciendo bebida y comida a los invitados.

Caminaron tímidamente por entre la gente hasta salir a un hermoso patio al aire libre, adornado con una infinidad de arbustos y flores exóticas, iluminado por un centenar de luces amarillas colgadas a lo largo del patio.

- ¿Has visto a Charlotte? – preguntó Julia mirando hacia los lados.

- No, debe andar por algún lado – respondió Nina.

- Quédate aquí mientras doy una vuelta a ver si la consigo – dijo Julia mientras empezaba a caminar hacia el interior del pent-house.

- No, no, Julia no me dejes sol- empezó a decir Nina pero se detuvo al ver que ya Julia se había perdido entre el mar de gente.

Miró hacia ambos lados y se mantuvo de pie en ese mismo lugar. *Genial, ahora estoy sola en una fiesta en otro país*, pensó. Un mesero se acercó y le ofreció una copa de champaña con un extraño nombre que Nina no alcanzó a entender.

Tomó la copa sin pensarlo y dio un largo sorbo, sintiendo como una agradable ola de calor recorría su cuerpo. Estaba a punto de empezar a caminar hacia el interior del pent-house en busca en Julia y Charlotte cuando alguien la tomó suavemente por el brazo.

- ¿Cómo es que cada vez que te veo estás sola, *Nina novia de Pablo*? – dijo una voz detrás de ella.

Nina se volvió lentamente con el corazón latiéndole de prisa sin poder evitar esbozar una sonrisa al ver que se trataba de Viktor, el guapo chico que había conocido hace un par de días en el restaurante hindú.

Usaba un traje negro con una inmaculada camisa blanca la cual iba a juego con sus hermosos ojos grises y despeinado cabello oscuro. *Se ve incluso más guapo que el otro día*, pensó Nina.

- Viktor – dijo Nina sonriendo - ¿Qué haces aquí?

- Vine a ver la exhibición de Matthew, es uno de mis mejores amigos, nos conocemos desde hace mucho tiempo – respondió Viktor.

- ¿Y tú? – preguntó Viktor.

- Oh, soy amiga de Charlotte, ella organizó este evento – respondió Nina.

- Vaya, ¿eres amiga de Charlotte? –

- Vaya, vaya, veo que ya los dos se han conocido – interrumpió Charlotte que se encontraba ahora parada junto a ellos. Julia estaba a su lado impaciente, mirando hacia todos lados.

- Charlotte, todo luce hermoso – dijo Nina.

- Tiene razón, Charlotte. El sitio luce increíble – añadió Viktor.

- Sí luce increíble, ¿verdad? – dijo Charlotte sonriendo – hubo un par de contratiempos pero parece que todo resultó genial.

- Así es. Ahora, justo antes de que llegaras Nina aquí me estaba diciendo que es tu amiga, ¿es eso cierto?

- Sí, claro – respondió Charlotte – recién llegada de España. Es una vieja amiga de Julia y está de visita.

- ¿De España, eh? – dijo Viktor volviéndose hacia Nina.

La chica asintió. Charlotte veía la escena con una sonrisa picarona y Julia a su lado no parecía prestar atención a la situación.

- Bueno, Julia acompáñame, hay alguien que quiero que conozcas – dijo Charlotte mientras tomaba a Julia por el brazo y la empujaba hacia el otro lado del patio.

Julia al fin prestó atención, sus ojos se abrieron de par en par y una gran sonrisa apareció en su

rostro. Nina se volvió hacia Viktor y pudo sentir su perfume. *Maldición, huele tan bien y es tan alto y apuesto.* Nina se había dicho a sí misma que no estaría con ningún otro chico por los momentos, *Pero el destino me la está poniendo muy difícil.*

- ¿Te parece si charlamos un rato? – preguntó Viktor.

- Sí, de acuerdo – respondió Nina sin poder contenerse.

Viktor sonrió, la tomó suavemente del brazo y la condujo por entre el mar de personas. Caminaron hasta uno de los bordes del patio y se apoyó despreocupadamente junto a la pared. Una corriente de aire revolvió su cabello oscuro y cubrió sus ojos. Llevó una mano a su rostro y echó su cabello hacia un lado.

- Entonces, ¿De España, no? – preguntó Viktor.

- Así es – respondió Nina – solo estoy aquí de visita por un par de días.

- ¿Y tu novio está de acuerdo con que viajes sola por allí? – preguntó el chico.

- Bueno, en realidad es un poco complicado – respondió Nina. *No es nada complicado, estás totalmente disponible.*

- ¿Cómo complicado?

- Es una larga historia – dijo Nina.

- Bueno estás de suerte – dijo Viktor mientras miraba su reloj de pulsera – resulta que no tengo suficiente tiempo de sobra.

Nina dudó un par de segundos. Levantó su mirada hacia el frente. No había notado el escenario que tenían frente a ellos. Desde allí tenían una magnífica vista de la ciudad, podían ver un centenar de edificios y las luces de los autos serpenteando por las calles.

- Es hermoso, ¿no? – preguntó Viktor que ahora también había levantado la mirada.

Nina asintió.

- ¿No tienen algo parecido allá? – preguntó el chico.

- Fui a Madrid hace un par de años pero es muy diferente. No es tan... inmenso – respondió Nina.

- No tengo novio – soltó Nina – es decir, tenía hasta hace un par de días pero terminamos justo antes de venirme de España.

- Wow, lo siento – dijo Viktor – no tenía idea.

- Está bien, yo no dije nada – dijo Nina.

- No, no quiero molestarte de veras. Será mejor que vuelva a buscar a Matthew – dijo Viktor.

- No, no te vayas – dijo Nina al ver que Viktor se volteaba – quédate.

El chico se giró hacia ella y sonrió.

Nina solo se dejó llevar, inmersa en los hermosos ojos grises de Viktor. Charlaron por lo que pareció ser horas. Viktor resultó ser modelo de marcas exclusivas, ¡*Vaya sorpresa!*, y había conocido a Charlotte hace alrededor de un año cuando había organizado una exhibición para un famoso

fotógrafo cuyo principal modelo era Viktor.

Había entrado en el negocio desde hace unos cinco años y había escalado rápidamente hasta convertirse en uno de los modelos más cotizados de Nueva York.

Sin embargo, había algo en él que hacía a Nina sentirse segura y cómoda. Nina supuso que se debía a que el chico no se tomaba tan en serio y que pareciera que fuese tan solo un fontanero hablando de su aburrido trabajo.

Mientras charlaban, Nina contó a Viktor algunas de las cosas que le habían sucedido antes de venir, *¿Pareciera que le conociera desde siempre!*, le contó de su trabajo como fotógrafa (lo que pareció interesarle mucho al chico) y de cómo su relación con Pablo se había desplomado.

Mientras Nina hablaba de todo esto, le pareció que todos aquellos eventos formaran parte de una vida muy lejana a la que ya no pertenecía a pesar de que solo hubiesen transcurrido hace unos cuantos días.

- Déjame decirte con todo respeto, ese tipo Pablo es un imbécil – dijo Viktor cuando hubo terminado – ¿Dejarte ir así como así? ¿Sin hacer nada para evitarlo?

- Quizás fue lo mejor que hubiese sucedido así – comentó Nina.

- Puede que tengas razón, pero de todos modos – dijo Viktor

- ¿Tú hubieses hecho algo? – preguntó Nina mirándolo de frente.

- ¡Por supuesto que sí! – exclamó Viktor.

- ¿Ah, sí?

- Claro que sí – dijo Viktor firmemente.

- Y dime, ¿Exactamente qué hubieses hecho?

- Esto – dijo Viktor mientras tomaba su delgado cuello entre sus manos y acercó sus labios a los de ella.

Nina quiso resistirse al principio, tomada de sorpresa con el impulsivo movimiento de Viktor pero una vez que sus suaves labios tocaron los de ella, cualquier esperanza de resistencia se esfumó.

Se encontró tomando sus manos entre las de ella y luego pasando sus brazos por encima de su cuello. *Hay algo que se siente correcto en todo esto.* Abrieron sus ojos y sus miradas se encontraron. Respiraban suavemente aun con sus rostros casi tocándose, iluminados por el centenar de luces amarillas que encendían el patio.

- Wow – dijo Nina.

- Wow, ciertamente – respondió Viktor

- Escucha, sé que es algo apresurado – continuó - pero me preguntaba si querías que fuésemos a un lugar donde podamos estar más... solos.

- Sí, claro, me encantaría – respondió Nina.

- Genial, excelente – dijo Viktor que había tomado su mano – vivo a tan solo un par de calles-

- No, no, disculpa – lo interrumpió Nina, *Maldición* – acabo de recordar, vine con mi amiga Julia, no podría dejarla sola aquí.

- Oh, claro, está bien – dijo Viktor desilusionado - ¿Te parece si buscamos un trago entonces?

- Claro, vamos – respondió Nina, también desilusionada.

Caminaron por entre la gente hasta llegar a una mesa donde había una larga hilera de copas servidas y cada uno tomó una.

Para su sorpresa, junto a la mesa un grupo de personas charlaba alegremente, entre ellos Charlotte rodeada de varios sujetos y Julia, quién estaba del brazo de un alto moreno de aspecto extranjero.

Los sujetos que hablaban con Charlotte saludaron alegremente a Viktor y lo empujaron hacia ellos. Al verla, Julia se acercó hasta Nina rápidamente.

- Oye ¿Dónde te habías metido?– dijo Julia murmurando.

- Lo siento, no tuve tiempo de explicarte. ¿Recuerdas el chico del restaurante hindú? – dijo Nina también murmurando.

- Sí, claro, el chico alto y guapo al que mandaste a volar porque eres una idiota – dijo Julia.

- Ese mismo, bueno... - dijo Nina señalando a Viktor con la cabeza.

- ¿Qué? ¡No puede ser! ¿Cuáles son las posibilidades de que eso suceda? – exclamó Julia.

- ¡Lo sé! – dijo Nina y procedió a explicarle lo sucedido entre ellos.

- ¡¿Y le dijiste que no?! – exclamó Julia incrédula - ¡¿Estás malditamente loca?!

- Pero pensé, digo, no iba a dejarte aquí... – explicó Nina.

- No, no, ¿recuerdas cuando te dije que ese tipo de cosas pasaban todo el tiempo? Pues, mentía. Por alguna extraña razón los dioses te han obsequiado ese delicioso bombón de chocolate blanco no una, ¡sino dos veces!, y le has escupido en sus rostros. Eso nunca y quiero decir, *nunca*, pasa.

- Oh dios mío, la he cagado totalmente, ¿verdad? – preguntó Nina.

- Así, es. Pero no todo está perdido – dijo Julia.

- ¿Qué hago? – preguntó Nina impaciente.

- Buenos, vas a ir hasta donde está Viktor, le vas a decir que yo me he conseguido a este hermoso ejemplar de Nigeria que es amigo de Charlotte, del que he estado detrás por mucho tiempo y que estaré bien sin ti, van a ir a su departamento y que ruede tu imaginación – explico Julia con una sonrisa maliciosa.

- Ok, de acuerdo – dijo Nina.

- Vamos, tu puedes hacerlo – dijo Julia dándole un suave apretón a su mano.

Nina respiró profundamente y dio un par de pasos hasta donde Viktor hablaba con Charlotte y sus amigos. Al verla, el chico caminó hacia ella sonriendo. Nina se acercó a su oído y comenzó a susurrar algo inaudible.

Los chicos miraban la escena confundidos pero Charlotte observaba la situación sonriente. Tras unos

segundos Viktor asintió, tomó la mano de Nina y empezó a andar hacia el elevador despidiéndose rápidamente de todo el mundo. La chica miró a Charlotte y luego rápidamente a Julia, ambas sonreían.

Salieron a la calle tomados de las manos y Viktor dobló a caminar hacia la derecha, guiándola. El corazón de Nina latía muy deprisa, la emoción del momento la dejaba sin palabras. *Esta ciudad definitivamente te sorprende*, pensó.

Caminaron unas cuantas calles más hasta detenerse frente a un viejo edificio de ladrillos con una hermosa escalinata de mármol. Viktor comenzó a subir las escaleras pero Nina se quedó plantada en la calle. Al advertir esto, el chico se volteó hacia ella.

- ¿No eres un asesino en serie, verdad? – preguntó Nina.

- Tendrás que entrar para descubrirlo – respondió Viktor sonriendo.

La chica sonrió y lo siguió escaleras arriba. Viktor se giró y procedió a abrir la cerradura de una enorme puerta de roble. Entraron a un pequeño rellano iluminado por una tenue luz amarilla. A la derecha, unas anchas escaleras llevaban a los departamentos de los pisos superiores.

Viktor puso su mano en la espalda de Nina y la guio escaleras arriba. Al fin se detuvo en el segundo piso frente a una puerta verde cuya cerradura se encontraba en el centro del panel de madera. Produjo una pequeña llave del interior de su chaqueta, la introdujo en el cerrojo, la giró y la puerta se abrió suavemente.

- Aquí es – dijo Viktor extendiendo una mano para dejar pasar a Nina.

La chica entró al departamento y Viktor cerró la puerta tras ella. El lugar era hermoso, decorado prolijamente con muebles minimalistas en tonos negros, grises y blancos. Una chimenea artificial ardía a un costado del estar.

Las paredes estaban adornadas con una gran variedad de fotografías en blanco y negro. En el medio de la habitación una escalera llevaba al piso superior.

- Tienes un hermoso lugar-

Nina no pudo terminar de pronunciar una palabra. Viktor la tomó entre sus brazos y la besó fuertemente, sus brazos la empujaban hacia él por la parte baja de su espalda. Nina lo besó apasionadamente, dejándose llevar por la calidez de sus labios.

Sus besos fueron tornándose más intensos y apasionados y pronto sus manos recorrían sus cuerpos de arriba abajo. Viktor la tomó por los brazos y la guio hacia un amplio mueble junto a la chimenea. Nina sentía como si flotara sobre sus pies.

Al llegar junto al mueble Nina tropezó y tiró a Viktor hacia ella. Los dos cayeron al mueble y luego rebotaron hacia el piso. Viktor cayó al piso y Nina sobre él, ambos reían mientras se besaban apasionadamente. La chica podía sentir su miembro latiendo en su entrepierna.

Viktor estiró su mano por debajo del vestido y Nina sintió sus dedos acariciando su sexo dejando escapar un leve gemido. Se acercó al oído de Viktor y empezó a gemir profundamente mientras el deslizaba sus dedos dentro de ella.

Luego, la chica busco a tientas el cinturón del pantalón de Viktor y empezó a desabrocharlo mientras

frotaba su entrepierna sintiendo su anchura y longitud. Él también procedió a remover su vestido, saquándolo por encima de la cabeza de Nina, y luego hundiéndose entre sus senos mientras ella tiraba de su hombría.

Podía sentir como él se adentraba cada vez más rápido dentro de ella, sus dedos provocando pequeñas explosiones en su interior. Acercó su boca al miembro de Viktor y tomó todo cuanto pudo, extendiendo sus manos por su poderoso grosor. Ahora era Viktor el que gemía suavemente mientras su lengua se deslizaba por su miembro.

Sin poder aguantar ni un segundo más, Viktor la empujó hacia el suelo y la penetró profundamente mientras tiraba fuertemente del cabello de Nina haciéndole echar su cabeza hacia atrás. Nina cerró sus ojos y apretó sus piernas presa del placer.

Viktor siguió penetrándola profundamente con miembro latiendo dentro de ella. Con su puño cerrado tomaba a Nina del cabello y con la otra apretaba sus senos mientras lamía sus pezones. Nina clavaba sus dedos en la espalda de Viktor mientras éste la penetraba cada vez más rápidamente, resbalando sobre el sudor de sus cuerpos.

Sus dedos se estiraron y apretó las nalgas de Viktor empujándolo hacia ella, a lo que él respondió con estocadas más profundas. Nina sintió como se desvanecía, una gran llama de fuego ardiente recorría cada centímetro de su piel, encendiendo cada rincón, frotándose contra ella, dejándola sin aliento, hasta que al fin, explotó.

Nina se despertó al día siguiente en el suelo del estar, junto a la chimenea. Una manta le arropaba hasta por debajo de los senos y su cabeza reposaba sobre un cómodo almohadón.

No recuerdo haber buscado nada de esto, Viktor debió hacerlo, se dijo a sí misma. La noche anterior había estado increíble, después de retozar varias veces allí mismo en el suelo, se habían quedado dormidos abrazados. Sus cuerpos desnudos y mojados de sudor en eterno contacto.

Nina sonrió al recordar el contorno de su miembro en reposo en contacto con sus nalgas. Pero no había rastros de Viktor. Se enderezó y miró alrededor, nada. Se levantó y comenzó a caminar cubriéndose con la manta. Escucho un leve sonido proveniente de una habitación al otro lado del estar.

Al pararse en la entrada de aquella habitación se dio cuenta que en realidad se trataba de unas hermosas notas de *bossa-nova* y que en realidad se trataba de la cocina. En medio del mostrador y de espalda a ella, Viktor parecía estar cocinando algo mientras tarareaba al ritmo de la música. Además, parecía que disfrutaba cocinar desnudo.

- ¿Estás seguro que no es peligroso cocinar sin ropa? – preguntó Nina sonriendo.

Viktor se volvió hacia ella. Su rostro pareció brillar bajo la luz de la mañana que entraba por los amplios ventanales. Sus definidos músculos parecían haber sido esculpidos cuidadosamente sobre su cuerpo. Su entrepierna enmarcando el pecado glorioso. *Este hombre es de mentira*, pensó Nina.

- No quise despertarte – dijo Viktor devolviéndole una sonrisa – Hago desayuno, espero que te gusten los panqueques con trozos de frutas.

- Me encantan – dijo Nina en medio de un bostezo mientras se acercaba hacia él.

- Fantástico – dijo Viktor mientras servía un par de panqueques en un plato y lo adornaba con trozos de frutas.

Se sentó junto a ella también con su desayuno servido. Ambos se adentraron en sus platos, hambrientos por la energía derrochada la noche anterior.

Y además, cocina increíble, pensó Nina mientras saboreaba los deliciosos panqueques. Su mente la llevó hasta Pablo, él también cocinaba platos deliciosos. *Pero ahora Pablo está muy lejos y Viktor tan cerca.*

- ¿Qué tienes pensado hacer hoy? – preguntó Viktor.

- Ehm, no lo sé, Julia prácticamente ha sido mi guía turística estos días, ella manejaba el horario.

- De acuerdo – dijo Viktor – yo tengo cosas del trabajo que atender pero estoy libre luego de las siete, si te parece, podemos ir a comer algo conozco un par de lugares de que podrían gustar.

- Sí, claro, eso estaría muy bien – dijo Nina. *Increíble sería la palabra adecuada.*

- Excelente – dijo Viktor sonriendo mientras tomaba su plato y el de Nina.

Aunque sabía que sería una cuestión de una noche, o quizás dos, Nina pensó que sería un excelente recuerdo que para llevarse de ese viaje.

Viktor no parece ser “el chico para toda la vida”, pero a quién le importa !hace tanto tiempo que no la pasaba así de genial!, se dijo a sí misma en el taxi de vuelta al departamento de Julia.

Viktor se había despedido de ella con un beso muy, pero que muy caliente, y le había pagado al taxista por adelantado.

Cuando se bajaba del taxi frente a la entrada del edificio de departamentos y se disponía a subir por la larga escalinata de la entrada, se detuvo al ver una silueta familiar que caminaba hacia ella.

Cuando se hubo acercado un poco más descubrió que se trataba de Julia. Llevaba la misma ropa de la noche anterior al igual que ella y caminaba descalza, con un tacón en cada colgando de cada mano.

- Veo que no soy la única que tuvo una noche interesante – dijo Nina sonriendo.

- Interesante sería decir poco – dijo Julia sonriendo maliciosamente.

- ¿Qué tal tu hermoso ejemplar de Nigeria? – preguntó Nina mientras subían las escaleras.

- Exquisitamente exótico – respondió Julia - ¿qué tal tu bombón de chocolate blanco?

- Estuvo increíble – respondió Nina.

- ¿Increíble? ¿Sólo eso? – preguntó Julia.

- No, no, mucho más que eso – respondió Nina aun sonriendo – hemos quedado para vernos hoy en la noche.

- Wow, entonces la cuestión va en serio – dijo Julia.

- No lo creo, yo solo estoy disfrutando el momento. Además, Viktor no se ve del tipo de chico que quiera algo en serio – dijo Nina.

- Nina Braga, otra vez sorprendiéndome. Ahora, en un acuerdo de sexo casual. ¡Bravo! – dijo Julia mientras entraban al departamento.

- Oye, yo solo quiero conocer la ciudad a fondo y – Nina se detuvo al dirigir la mirada hacia el sofá en medio del estar del departamento.

Charlotte dormía plácidamente en medio de dos chicos que Nina reconoció de la exhibición de la noche anterior. Los tres estaban completamente desnudos, sus cuerpos enlazados descansaban uno junto al otro. Había un par de botellas vacías sobre la mesita frente al mueble.

- ¡Oh Dios! – exclamó Julia en voz baja.

- ¿Qué le habrán puesto a la champaña de anoche? – preguntó Nina mientras ambas reían.

* * * *

Un par de horas más tarde caminaban por una vereda a orillas del *East River*, el *Puente de Manhattan*

se levantaba imponente tras ellas. Habían salido a mostrarle a Nina el área y Charlotte se les había unido luego de despedir a sus dos acompañantes nocturnos.

Mientras más, ¡mejor!, les dijo Charlotte una vez había cerrado la puerta tras los chicos. Ahora las tres caminaban por la vereda saboreando unos deliciosos helados artesanales. Nina enfocaba el puente con su cámara.

- Te digo, por las muestras que me has mostrado, creo que tienes mucho potencial – continuaba Charlotte – podrías trabajar con lo que quisieras, muestras artísticas, productos comerciales, eventos sociales, e incluso, con modelos...

- Oh, seguro le encanta esa última opción – dijo Julia sonriendo.

- Idiota – dijo Nina mientras le devolvía una sonrisa – ya te dije, Charlotte, solo vine de vacaciones. Además, olvidas todo el asunto de la visa y todo eso.

- Oh, cierto – dijo Charlotte apenada – siempre lo olvido.

- No te preocupes – dijo Nina mientras ahora enfocaba la extensión del río con su cámara – ya veré qué soluciono al volver.

- De acuerdo, pero no olvides que siempre tendrás aquí las puertas abiertas – dijo Charlotte.

- Y las piernas abiertas también, no se te olvide – añadió Julia entre risas.

- Hablando de piernas, ¿qué tal tu noche junto a Viktor? – preguntó Charlotte.

- Estuvo fantástico – respondió Nina dejando que la cámara colgara de su cuello – fuimos a su departamento y el resto fue historia.

- Y le hizo desayuno, ¿puedes creerlo? – dijo Julia.

- En realidad sí – respondió Charlotte – Conozco a Viktor desde hace algún tiempo y he escuchado una que otra cosa de él.

- ¿A qué te refieres? – preguntó Nina.

- Bueno, sí, el tipo es guapo y modelo y es adinerado y sí suele ir de chica en chica – respondió Charlotte – pero hubo un tiempo atrás en que salía con una chica, muy hermosa, también modelo, y él estaba enamorado de veras, era un hombre diferente.

- ¿Y qué sucedió? – preguntó Nina.

- Pues según escuché, la encontró en la cama con su jefe, un director de una importante revista de modas – respondió Charlotte.

- Con toda razón no quiere atarse a nadie – dijo Julia.

- Sí, o quizás solo espera a la chica indicada – dijo Charlotte – de cualquier forma cariño, si la vida te da limones exprime su jugo en esos deliciosos abdominales – terminó mientras todas reían.

Esa noche Nina se encontró Viktor en un hermoso café de estilo francés, *Le Tournesol Rouge*. Unos pequeños parlantes proyectaban una canción de Edith Piaf e inundaban la calle con una hermosa melodía.

Varios faroles colgados dentro y fuera del local proyectaban una vibrante luz rojiza sobre los comensales. Él la esperaba sentado en una mesita fuera del local. Llevaba una camisa con los últimos botones desabotonados y un par de vaqueros oscuros. *Vaya apariencia de chico malo*, pensó Nina al saludarlo.

- Hola, preciosa - dijo Viktor en un excelente acento español mientras le plantaba un suave beso los labios.

- Hola, guapo – respondió Nina igualmente en español.

- Luces hermosa – le complementó Viktor.

- Muchas gracias, tú tampoco luces nada mal – respondió Nina sonriendo mientras se sentaba junto a él.

- ¿Te importa? – preguntó Viktor mientras sacaba una caja de cigarrillos del bolsillo de su camisa.

- Solo si no me das uno – respondió Nina.

Viktor sonrió y le dio un cigarrillo y tomó otro para él. Produjo un hermoso encendedor plateado de un bolsillo de sus vaqueros y le dio a encender. El mesero se acercó hasta ellos para tomar su orden.

- Lindo lugar, ¿vienes aquí a menudo? – preguntó Nina dando una pitada a su cigarrillo.

- No, en realidad nunca había venido. Tenía otros lugares en mente pero recordé que había caminado varias veces por aquí y nunca me había quedado.

- ¿No te gusta salir solo? –preguntó Nina.

- No, en verdad no me importa, solo que me pareció un lugar al que venir con buena compañía – respondió Viktor.

- Ah, ¿entonces cuento como buena compañía? – preguntó Nina.

- Pronto lo sabremos – respondió Viktor dando una pitada a su cigarrillo.

* * * *

Al salir del café caminaron un par de calles hasta un puesto de comida rápida donde devoraron un par de hot-dogs. Habían estado charlando por alrededor de una hora sobre sus trabajos y aspiraciones cuando sus estómagos parecieron gruñir al unísono.

Siguieron caminando hasta *Times Square*, sus rostros bañados por las radiantes luces de los avisos de colores y las luces de neón. La concurrida calle mezclada con el ruido del tráfico y la efervescente vida de la ciudad le parecieron poesía. Viktor caminaba a su lado sonriente y ella se regodeaba en su

calidez.

Se detuvieron bajo una gran pantalla publicitaria y Viktor acomodó un mechón del cabello de Nina tras su oreja. Sus hermosos ojos grises brillaban bajo la noche. Nina se abalanzó sobre besándolo fuertemente, sus brazos colgados alrededor de su cuello. Viktor la abrazó por debajo de la espalda y la levantó hacia él.

Ambos ardían por dentro. El chico caminó hacia la calle y paró un taxi, la tomó por el brazo y la llevo hacia el auto color amarillo. Después de indicar la dirección al chofer se giró hacia Nina y se unieron en un apasionado beso.

Nina estiró la mano y desabotonó los vaqueros del chico, introdujo una mano y sintió el contorno de su sexo que ya empezaba a despertar.

Lo sacó de sus boxers y se inclinó sobre él. Su boca se cerró sobre la extensión del miembro, su lengua esparciéndose por su longitud en la oscuridad del auto. Viktor había introducido su mano por debajo del vestido de Nina y también él podía sentir su contorno, tanteando en la oscuridad.

Cuando el taxi se detuvo frente al departamento de Viktor unos minutos después, les tomó un momento recomponerse y que el chico se abotonara sus pantalones. Se bajaron del auto tambaleándose mientras el chofer murmuraba algo para sí mismo.

Subieron a toda velocidad por la escalinata de mármol, pasaron por la puerta de roble y se encaminaron escaleras arriba, parando en cada rellano para unirse en un profundo beso, sus lenguas se enrollaban, bailando una con otra.

Al fin entraron al departamento y comenzaron a desvestirse de prisa, Nina apenas había terminado de desabrochar su sujetador sintió como Viktor se acerca por detrás de ella y la llevaba hasta la ventana, sus manos ya exploraban la humedad entre sus piernas y la curvatura de sus senos.

La penetró desde atrás y Nina gimió de placer al sentir como era llenada por Viktor y su calidez se extendía hasta lo más profundo de su ser, allí, de pie junto a la ventana.

Luego de la ventana, pasaron a las escaleras y luego se dirigieron a la cocina a refrescarse un poco, solo para terminar retozando en el mostrador. Viktor la hacía sentir de una forma que nunca había sentido antes, había encendido algo dentro de ella que no sabía que existía, *Ni siquiera Pablo*.

El chico insistió en que pasara la noche de modo que ambos se dirigieron a su alcoba en el piso superior y se dejaron caer sobre una gran cama de cabecera negra. Nina se acostó sobre el pecho de Viktor, sintiendo como su pecho subía y bajaba. Él hundió sus dedos en el cabello de la chica y así los alcanzó el sueño.

* * * *

Con el transcurso de las semanas, los encuentros con Viktor fueron extendiéndose cada vez más, pasando de unas cuantas cenas y encuentros nocturnos a días enteros de largas caminatas por el parque y charlas maravillosas donde los dos se conocían cada vez más profundamente.

Nina había llamado a la aerolínea y prolongó su estadía unas cuantas semanas más. Incluso, había

acompañado a Viktor a una sesión fotográfica para una próxima exposición en el *Metropolitan*. Se había maravillado con el trabajo que hacían aquellos fotógrafos y la libertad que tenían para exponer sus innovadores conceptos.

Sin embargo, una tarde mientras yacían tumbados bajo la sombra de un gran roble en *Central Park*, Viktor parecía inquieto.

- Hay algo de lo que quiero hablarte – dijo Viktor en tono serio.

- Dime, ¿algo anda mal? – preguntó Nina con tono de preocupación.

- No, no, al contrario, todo está genial – respondió Viktor.

- Entonces, ¿de qué se trata? – preguntó Nina.

- Bueno, verás, estas últimas contigo han sido maravillosas. Puedo decir con seguridad que han sido las mejores semanas de mi vida. Y verás, Nina, he desarrollado sentimientos muy fuertes hacia ti.

- ¿Me hablas en serio? – preguntó Nina.

- Sí, muy en serio – respondió Viktor – nunca me he sentido con nadie como me siento contigo.

Nina se acercó hacia su rostro y lo besó suavemente.

- Te amo, Nina – dijo Viktor.

- Yo... yo también te amo, Viktor – dijo Nina con el corazón latiéndole de prisa – pero yo me marchó Viktor, no podemos seguir por el camino que vamos.

- No te marches, tiene que haber alguna forma – dijo Viktor.

- Lo siento, pero no la hay – dijo Nina – no eres la única persona con la que he hablado de esto. Simplemente no puedo quedarme aquí., mi tiempo aquí ya casi expira.

- ¿Cómo dices? ¿A qué te refieres? – preguntó Viktor confundido.

- Precisamente iba a contarte sobre ello, me devuelvo a España dentro de tres días – respondió Nina.

- ¿Y me lo dices ahora? – preguntó Viktor.

- Lo siento, no es que quiera marcharme, simplemente ya casi termina mi estadía. Ya cambié mi boleto una vez.

- ¿Y qué se supone que haremos con estas últimas semanas? – preguntó Viktor.

- Atesorarlas muy dentro de nosotros – respondió Nina - Además, no es como que nunca pueda volver o quizás también tú puedas venir a visitarme-

- Yo no quiero visitas, ¡quiero poder verte todos los días, Nina! – dijo Viktor.

- Lo siento, Viktor, sabes que eres demasiado especial para mí, pero las cosas son así.

Los dos se quedaron en silencio, la verdad había atado un nudo en sus gargantas. Al cabo de unos minutos se levantaron y salieron del parque. Nina detuvo un taxi y se despidió de Viktor. El camino de regreso le pareció eterno.

Una vez en el departamento, encontró a Julia sentada junto a la ventana y le contó de lo ocurrido.

Nina sintió un gran vacío por dentro, de verdad había llegado a amar a Viktor en estas pocas semanas, sentía una conexión única con él pero era inútil, ella debía volver, no había otra opción.

* * * *

Al día siguiente Nina hecha un ovillo bajo las sábanas. Se despertó y salió en búsqueda de sus compañeras.

Charlotte dormitaba plácidamente sobre el sofá y Julia debía haberse marchado al trabajo pues ya su permiso familiar había vencido una semana atrás. Se cambió a una ropa de calle y tras dejar una notita a Charlotte indicado que había salido a buscar desayuno, cerró la puerta tras ella.

Salió a la calle y se dirigió a un pequeño comedor que había encontrado unas semanas atrás un par de calles al este. Servían unos panqueques deliciosos y unas tartaletas de manzana increíbles. Una suave brisa acariciaba su rostro bajo el Sol de la mañana.

Al cabo de media hora ya caminaba de vuelta al departamento, con una gran bolsa en la que llevaba el desayuno. La calle se encontraba desierta a excepción de un taxi que echaba a andar del otro lado de la calle. Nina se enfiló por la escalinata de la entrada cuando una voz familiar sonó a sus espaldas y la hizo detener en seco.

- Nina, ¡Espera! – gritó la voz desde el otro lado de la calle.

No puede ser. Nina se volteó lentamente hacia la voz que le llamaba. Confirmó sus sospechas al ver a Pablo cruzando la calle en dirección a ella. En su mano derecha apretaba el agarradero de una pequeña valija de viaje. Lucía cansado y parecía no haber dormido nada en algún tiempo.

- Pablo, ¿Qué haces aquí? – preguntó Nina.

- He venido por ti, bueno, para hablar contigo y preguntarte si podríamos solucionar las cosas – respondió.

- ¿Esto es en serio? – preguntó Nina mientras bajaba las escaleras hacia Pablo.

- Sí, claro, mira lo siento, sé que- comenzó Pablo.

- ¿Qué sabes, Pablo? ¿Que te apareces no sé cuánto tiempo después y ahora es que quieres hablar y solucionar las cosas? - preguntó Nina furiosa - ¿Dónde estaba eso cuando traté por meses de arreglar las cosas? ¡Dime! O ¿Dónde estaba eso cuando me marché de nuestra casa y ni siquiera pudiste decir adiós?

- ¡Tienes toda la razón en eso pero no lo sabía, Nina! ¡No sabía lo importante que eras para mí! ¡Fui demasiado cobarde! Hasta ahora – dijo, su voz temblando bajo sus palabras.

- Lo siento, Pablo, ahora es demasiado tarde – dijo Nina mientras se volteaba para seguir subiendo las escaleras.

- No, no, ¡Escúchame por favor! – suplicó Pablo tomándola de un brazo y girándola hacia él.

- No, Pablo, no quiero escucharte – dijo Nina.

- Nina, tú eres la mujer de mi vida, te amo a más que a nada en el mundo, pensé que no te amaba pero sí lo hago, ¡demasiado!, he venido desde tan lejos solo para recuperarte y tenerte en mi vida – dijo Pablo.

- Ya yo no pertenezco a tu vida, Pablo – respondió Nina fríamente.

- Sí perteneces, sí lo haces – dijo Pablo.

- Escucha, sé que los dos nos distanciamos demasiado y fue básicamente mi culpa, pero haré lo que sea por emendar mis errores, ¡lo juro! – continuó. Pablo.

- Pablo, me hiciste demasiado daño, yo también te herí a ti, no es justo para los dos – dijo Nina.

- Eso ya ha quedado en el pasado, Nina, ya eso no importa – dijo Pablo.

- Claro que sí importa, Pablo – corrigió Nina.

- No, no importa. Nada de aquello importa. Lo único que realmente importa es que estoy junto a ti de nuevo y puedo hacer esto.

Pablo se inclinó hacia Nina y sujetó suavemente su rostro con la palma de su mano y sus labios se juntaron en medio del silencio. Nina sintió el roce de su poblada barba y una estampida de recuerdos se agolparon en su mente, frente a sus ojos. Sin embargo, no sintió nada.

- Vaya, parece que interrumpo – dijo una voz cerca de ellos.

Nina se volteó rápidamente y vio a Viktor de pie a unos cuantos pasos de ellos. La miraba fijamente a los ojos. En su mano, sostenía un pequeño ramo de flores de múltiples colores. A Nina el corazón le dio un vuelco, empujó con su mano el pecho de Pablo alejándolo de ella.

- Viktor, escucha, no es lo que parece – empezó Nina.

- ¿Ah, no? – preguntó Viktor – puedo apostarte un millón de dólares a que sé cuál es el nombre de este sujeto.

- ¿Qué está sucediendo aquí? ¿Quién es este tipo, Nina? –preguntó Pablo.

- Escucha, Pablo, no te metas en-

- ¡Correcto! ¡Pablo es el nombre del sujeto, por supuesto! – dijo Viktor interrumpiendo a Nina.

- Viktor, aguarda un segundo – dijo Nina.

- Mira, haznos un favor y olvida que vine por aquí – dijo Viktor mientras se daba media vuelta y comenzaba a andar de regreso. Lanzó el ramo hacia los arbustos del edificio a su derecha.

Nina se disponía a ir tras él cuando Pablo le cerró el paso.

- ¿Qué se supone que es todo esto, Nina? – preguntó Pablo furioso.

- Pablo, quítate de mi camino – respondió Nina impaciente.

- No vas a ir a ningún lado hasta que me des una explicación – insistió Pablo.

- Escucha, no tengo por qué darte a ti ninguna explicación. Lo nuestro es pasado, acéptalo y sigue con tu vida, ya yo seguí con la mía. Te vas a quitar de mi camino y cuando vuelva más te vale que no estés aquí o llamo a la policía – dijo Nina furiosa.

Pablo permaneció inmóvil frente a ella unos segundos, los dos mirándose a los ojos, hechos unas fieras. Al fin, Pablo se apartó y Nina salió corriendo tras los pasos de Viktor que ya había doblado en la esquina. La chica corrió tan fuerte como pudo, cruzó en la esquina y giró su cabeza hacia ambos lados.

Al fin lo vio a lo lejos a su derecha, un auto amarillo se estacionaba delante de él. Nina echó a correr calle arriba llamándole. Viktor giró su rostro y comprobó que se trataba de Nina, sin embargo, abrió la puerta del auto y se perdió en el interior.

El auto arrancó antes de que Nina pudiese llegar hasta él. Se detuvo, se inclinó hacia adelante intentando recobrar el aliento. *Se ha ido*. Se quedó de pie por unos minutos mirando a lo lejos al auto perderse en el horizonte. *Realmente se ha ido*.

Nina caminó vencida de vuelta al departamento. Al llegar a la escalinata de la entrada se sorprendió al ver que no había rastro de Pablo. Respiró profundamente y caminó escaleras arriba. Una vez en el departamento encontró a Charlotte en la cocina llenando una tetera.

- Buenos días, cariño – le saludó alegremente Charlotte al escucharla entrar – vi que fuiste a buscar el desayuno.

- ¿Cómo? Ah, sí, aquí es- comenzó Nina cuando se dio cuenta que llevaba las manos vacías. Debió soltar la bolsa al correr tras Viktor – Creo que lo perdí.

- ¿Cómo que lo perdiste? – preguntó Charlotte mientras se volteaba hacia ella.

- Cariño, ¿Qué ha pasado? – continuó Charlotte preocupada al ver a Nina despeinada y empapada en sudor.

Nina procedió a relatar lo sucedido a Charlotte, quién escuchó atónica el desenvolvimiento de los eventos recientes. Nina sintió un vacío dentro de ella al recordar a Viktor de pie junto a ella sosteniendo aquellas hermosas flores.

- ¡Tienes que llamarle y explicarle lo sucedido! – exclamó Charlotte cuando hubo acabado el relato.

- No creo que sirva de nada, traté de hacerlo pero él no quiso escucharme – explicó Nina.

- Entonces ve a su casa, aparécete allá, no puede ignorarte para siempre – dijo Charlotte.

- ¿Acaso tiene sentido que lo haga? – preguntó Nina – digo, me voy en dos días y no sé si vuelva a verlo.

- ¿Lo amas? – preguntó Charlotte.

- Sí, eso creo pero-

- Entonces, allí tienes tu respuesta – le interrumpió Charlotte – si lo amas, entonces siempre valdrá la pena intentarlo.

- Sí, creo que tienes razón – dijo Nina.

- Déjalo ir por el día de hoy, déjalo que piense y ponga sus pensamientos en orden – explicó Charlotte – los hombres son así, debes esperar a que se enfríe de nuevo. Luego mañana ve a su departamento e intenta hablar con él.

- Sí, de acuerdo creo que tienes razón. Gracias, Charlotte – dijo Nina.

- Está bien, cariño. Ahora, ¿qué te parece una comfortable taza de té?

* * * *

Al día siguiente Nina se marchó hacia el departamento de Viktor. Al llegar, había intentado llamarle por el comunicador pero parecía estar averiado, así que se sentó en la escalinata de la entrada a esperar a que algún inquilino, preferiblemente Viktor, saliera o entrara para poder acceder al edificio.

La noche anterior cuando Julia hubo llegado del trabajo y escuchado la historia de lo ocurrido, parecía que iba a perder la razón.

- ¡¿Qué demonios hace el imbécil de Pablo aquí?! No obstante jode tu relación y se distancia para hacer no sé qué, ¡ahora también viene a joder tu hermoso amor de película! ¡Maldito hombre!

Julia le había aconsejado intentar llamar a Viktor y aunque Nina sabía cuál sería el resultado, igual lo intentó y tal como lo predijo, nada.

Llevaba alrededor de una hora esperando cuando por fin la puerta de la entrada se abrió y una mujer mayor apareció por el umbral llevando a un pequeño perro entre sus brazos. Nina se levantó de un brinco.

- Buenos días, señora, he intentado venir a darle una sorpresa a mi padre para su cumpleaños pero he perdido mi llave, ¿podría dejarme pasar? – preguntó Nina con un tono que la hizo parecer varios años menor.

- Sí, claro, cariño, qué adorable de tu parte – respondió la mujer echándose a un lado para dejar pasar a Nina.

La chica subió de dos en dos los escalones hasta llegar a la gran puerta verde. Se quedó de pie frente a ella varios segundos y golpeó suavemente la puerta con sus nudillos. Pasado unos minutos, nada.

Volvió a llamar a la puerta un poco más fuerte y obtuvo el mismo resultado. Intentó una docena de veces más, cada vez llamando más fuerte hasta que al final se encontró pateando la puerta. Se dejó caer a un lado de la puerta. Un par de horas más tarde salía a la calle de regreso al departamento de Julia.

No había habido señal de Viktor y ahora tenía volver al departamento para empezar a empacar. En el camino de regreso sintió una punzada en el costado al pasar frente al café francés y escuchar un segundo la maravillosa melodía que se coló por la ventana del auto.

Al entrar al departamento encontró a Julia y Charlotte sentadas en el estar, cada una copa de vino. Ambas se levantaron al ver entrar a Nina.

- ¿Y qué tal? – preguntó Julia.

Nina negó con la cabeza. Las chicas salieron detrás de la mesa y caminaron hacia ella, envolviéndola en un abrazo.

- Bueno, hoy es tú última noche en la ciudad, ¡así que no todo puede ser tristeza y desamor! – dijo Charlotte.

- ¡Así es!, Charlotte y yo hemos decidido que por ser nuestra última noche juntas, vamos a salir a tomarnos unos tragos, al mejor estilo de *Sex and The City* – dijo Julia.

- Muchas gracias chicas, pero no creo estar de ánimos – dijo Nina.

- ¡Nada de eso! No sé cuándo vuelva a verte, ¡así que hoy no hay excusas! – dijo Julia.

* * * *

Entrada la noche, llegaron a un exclusivo bar en el centro de Manhattan, *Cruel*. Las chicas se habían

puesto sus mejores combinaciones aunque habían decidido que hoy no habría chicos.

Al principio Nina se sentía apesadumbrada por el recuerdo de Viktor y cómo le habría gustado pasar estos últimos momentos con él pero a medida que los tragos fueron viniendo se fue relajando cada vez más.

Charlotte las divirtió con una larga lista de sórdidos encuentros y fracasos amorosos, mientras que Julia las hizo reír con sus ocurrencias y extravagancias.

Realmente voy a extrañar todo esto, pensó para sí misma, *Vuelvo a empezar de nuevo*. Volvieron al departamento justo a tiempo para lograr dormir un par de horas antes de partir al aeropuerto.

Al día siguiente, Nina se encontraba junto a sus amigas frente a la escalinata de la entrada con un taxi esperando tras ella.

- Y por favor vuelve pronto, no puedo soportar otro año sin ti – dijo Julia entre lágrimas.

- Eso trataré. Y Tú por favor, cómprate un maldito móvil de una buena vez – dijo Nina abrazándola y riendo.

Julia apretó fuertemente a Nina en medio del abrazo y luego retrocedió.

- Bueno, ya, perderás tu vuelo – dijo Julia.

Nina se giró hacia Charlotte.

- Charlotte, estoy muy feliz de haberte conocido, me voy con una hermana más – dijo Nina.

- Digo lo mismo, cariño. Las puertas de mi casa siempre estarán abiertas para ti – dijo Charlotte.

- Igual para ti si decides alguna vez visitar España – dijo Nina abrazándola.

Se despidió de ellas agitando los brazos y se montó en el auto. El motor se encendió y el gran auto amarillo echó a andar. Nina siguió a las chicas con la mirada a través del cristal de la ventana hasta que se perdió en la distancia.

* * * *

Al cabo de una hora, Nina descendía del coche en el área de salidas del Aeropuerto Internacional John F. Kennedy. Pagó al chofer y tras montar las valijas en un carrito porta-equipajes, se adentró a la terminal. La chica del mostrador de la aerolínea le informó que el vuelo presentaba una hora de retraso.

Genial, alargando lo inevitable, pensó Nina. Tomó su bolsa y la ansiedad le guio hasta la parte de afuera, donde encendió un cigarrillo. Lo encendió y dio una fuerte pitada. Una parte de ella aun esperaba haber visto a Viktor antes de poder marcharse, haberle explicado todo y besarlo una vez última vez.

Aun ahora, guardaba cierta esperanza de verlo aparecer en cualquier momento allí frente a ella. *Esas cosas no suceden, Pablo es una muestra de ello, tienes que aprender a no alimentar falsas esperanzas,*

Nina, se dijo a sí misma.

Una vez hubo terminado su cigarrillo, se paseó por entre las tienditas de la terminal hasta que al final una voz femenina retumbó en las bocinas llamando al abordaje del vuelo de Nina. Iba a medio camino hacia su puerta cuando la voz femenina volvió a retumbar a través de las bocinas, pero esta vez Nina se detuvo en el lugar.

Nina Braga Por Favor Dirigirse al Mostrador de Express Airlines. Nina se quedó inmóvil unos minutos hasta que el mismo llamado volvió a salir de las bocinas. *Oh por Dios, ojalá que Julia no haya metido nada en mi valija como una especie de broma pesada.*

Nina se encaminó hasta el mostrador de la aerolínea y se extrañó al ver que no había nadie detrás del escritorio.

- ¿Qué demo-

- Temí que hubiese sido demasiado tarde – la interrumpió Viktor. Se encontraba parado delante de ella con aspecto de haber corrido un maratón.

Nina pensó que tendría un infarto. Las manos le temblaban y el corazón parecía que se saldría de su lugar.

- Viktor, pero, ¿cómo... pensé...tengo que explicarte lo – comenzó Nina.

- Shh, tranquila – la cortó Viktor, se acercó hasta ella y colocó suavemente un dedo sobre sus labios – te fui a buscar esta mañana esperando encontrarte antes que te marcharas pero cuando llegué ya te habías ido. He sido un idiota, Julia y Charlotte me han explicado todo.

- Oh, Viktor, de veras no pasó nada entre yo y Pablo, él solo-

- Tranquila – la volvió a cortar Viktor – ya lo sé todo. Te amo y no te voy a dejar ir.

- Oh, Viktor, cómo quisiera de veras pero – Nina se detuvo en seco.

Viktor se encontraba de rodillas frente a ella. En la mano sostenía una pequeña cajita color azabache. El chico sonreía a Nina.

- Oh Dios mío – dijo Nina atónita.

- Nina, desde que te conocí sentí una conexión más poderosa y hermosa de la que había sentido con alguien alguna vez- dijo Viktor tomando su mano -En tan solo unas semanas me enamoré de ti y aunque sabía que eras la mujer de mi vida, no lo pude ver hasta hace muy poco. Eres maravillosa, hermosa, inteligente, graciosa e increíble en la cama. No puedo volver a separarme de ti nunca más, ¿Quieres casarte conmigo?

Nina enmudeció al escuchar las palabras de Viktor. *Esto es una locura, pensó, Y sin embargo todo mi cuerpo lo desea, lo ama, lo necesita.* Nina apretó fuertemente la mano de Viktor y una lágrima resbaló por su mejilla.

- Sí, ¡sí quiero! – respondió Nina.

Viktor se enderezó y abrazó a Nina levantándola del suelo. Los dos se unieron en un beso, sintiendo como sus vidas se entrelazaban y sus corazones latían al unísono.

- Pero... pero... Viktor, ¿qué haremos? Mi trabajo, es decir, debo – comenzó Nina entre lágrimas de

felicidad.

- Descuida, está todo solucionado – dijo Viktor besándola, con sus hermosos ojos grises brillando de emoción – Trabajarás conmigo o con cualquier otro estudio, lo que sea, lo solucionaremos.

- No puedo creerlo, estaremos juntos – dijo Nina.

- Para siempre, Nina– dijo Viktor y la besó.

Nina al fin sintió como el peso de los días y de un pasado ingrato se desprendía de su cuerpo. Miraba a Viktor y encontraba en su cálido rostro las respuestas para todo lo que pudiese venir. Viktor la miraba a ella y encontraba vida.

Salieron de la terminal y una suave brisa los envolvió mientras el Sol brillaba alegremente en lo alto del cielo. Sonreían y sabían que todo estaría bien, se amaban y eso era todo lo que importaba.

NOTA DE LA AUTORA

Si has disfrutado del libro, por favor considera dejar una review del mismo (no tardas ni un minuto, lo sé yo). Eso ayuda muchísimo, no sólo a que más gente lo lea y disfrute de él, sino a que yo siga escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Finalmente, te dejo también otras obras — más o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo.

Nuevamente, gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

[La Mujer Trofeo](#)

[Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario](#)
— Comedia Erótica y Humor —

[J*did@-mente Erótica](#)

[BDSM: Belén, Dominación, Sumisión y Marcos el Millonario](#)
— Romance Oscuro y Erótica —

[El Rompe-Olas](#)

[Romance Inesperado con el Ejecutivo de Vacaciones](#)
— Erótica con Almas Gemelas —

“Bonus Track”

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crie. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabbana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “*¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?*”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonrío con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de este libro?

Gracias.